



como malditas de ratas

Frank McFair



Lanzó una mirada a la marquesina. Sobre ella, en relampagueantes trazos de neón, se leía: CAPISTRANO con letras tan pronto azules como color de fuego.

Pasó junto al portero negro. Éste se llevó la mano a la gorra de plato, en silencioso saludo.

Apartó una cortina y se enfrentó a una escalera que descendía hasta el sótano, donde se hallaba el verdadero local del club.

La escalera era estrecha y mal iluminada. Más parecía, a aquellas horas, una escalera de servicio que la entrada principal. Y sin embargo conducía a uno de los más lujosos club de la ciudad.



Frank McFair

Como malditas ratas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1158

ePub r1.1

Titivillus 30-12-2019

Título original: *Como malditas ratas*
Frank McFair, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Lanzó una mirada a la marquesina. Sobre ella, en relampagueantes trazos de neón, se leía: CAPISTRANO con letras tan pronto azules como color de fuego.

Pasó junto al portero negro. Éste se llevó la mano a la gorra de plato, en silencioso saludo.

Apartó una cortina y se enfrentó a una escalera que descendía hasta el sótano, donde se hallaba el verdadero local del club.

La escalera era estrecha y mal iluminada. Más parecía, a aquellas horas, una escalera de servicio que la entrada principal. Y sin embargo conducía a uno de los más lujosos club de la ciudad.

Tres tramos más abajo, se ensanchaba. Una muchacha vestida con falda corta que dejaba al descubierto los fuertes muslos enfundados en mallas de color humo, tendió la mano hacia él.

—Su sombrero, señor.

La voz no se parecía a las de otras encargadas de guardarropa. Ni mascaba chicle ni se comió ninguna letra. Era una voz de contralto y de tono más bien dulce.

Melvyn le dio la prenda y pasó a la sala. Un hombre de etiqueta se le acercó.

—¿Tiene mesa reservada, señor?

—No...

—En ese caso, me temo que no va a ser posible...

Melvyn lanzó una ojeada circular a la sala. Muy pocas mesas se hallaban ocupadas.

—¿Es usted el encargado? —preguntó.

A los *maîtres* no les gusta que les llamen «encargados». O por el nombre de pila o *maître*, simplemente. Su aspecto se endureció perceptiblemente.

—Eso no importa, señor —dijo remarcando bien la palabra—. Si no tiene mesa reservada, lo siento mucho, pero...

Un hombre alto, vestido con *smoking* blanco perfectamente cortado y discretamente enguatado, se aproximaba. El *maître* se volvió hacia él.

—El señor no ha reservado mesa alguna —dijo.

El recién llegado examinó a Melvyn. Éste le devolvió la mirada.

Melvyn era un hombre alto, de más de seis pies y de pelo rubio que llevaba casi cortado a cepillo. Había algo vagamente militar en su forma de andar y de moverse.

—Jermyn me dijo que viniese y preguntase por míster Ore —dijo.

—¿Jermyn? —preguntó el otro suavemente.

—Sí.

—Yo soy Ore, pero en este momento no recuerdo a nadie de ese nombre.

—Jermyn me dijo que añadiese esto: Lut Pen.

—Venga usted.

Bordearon la pista de baile rodeada de columnas que semejaban cactus tropicales. Entre las grandes espinas relucían lámparas de colores. Las grandes trompetas rojas que eran las flores se abrían a intervalos regulares y arrojaban un perfume extraño, un poco adormecedor.

En uno de los lados de la sala, disimulado tras una cholla que se movía al impulso de algún oculto motor, había una puerta. Estaba casi disimulada en la pared.

La cruzaron y se encontraron en un corto pasillo a cuyo final había otra puerta.

Ore la abrió y Melvyn lo siguió.

Se encontraron en un despacho circular amplio en una de cuyas paredes había un cristal de unas quince pulgadas de largo por veinte de ancho.

Por el otro lado del cristal era un espejo a través del cual, desde dentro del despacho, podía verse gran parte de la sala del Capistrano. Para cualquiera que estuviera en dicha sala, no obstante, aquello no sería otra cosa que un espejo en el que podría arreglarse la corbata.

Ore se sentó tras de la mesa del despacho. No pidió a Melvyn que se sentase, pero éste lo hizo.

Ore era casi tan alto como Melvyn Gallagher y uno de los hombres más elegantes que éste último hubiera visto en su vida. Su pelo negro estaba perfectamente peinado con raya a un lado. Representaba unos treinta años.

Encendió un cigarrillo y lo colocó cuidadosamente en una boquilla

de ámbar con incrustaciones chinas. Un trabajo a todas luces oriental.

—De modo que... ¿Lut Pen?

—Sí. Lut Pen y Jermyn.

—¿Estuvo usted en Lut Pen, míster...?

—Gallagher. Sí, estuve en Lut Pen. En el blocao oeste, el que aguantó la segunda oleada del día 15. Jermyn también estaba allí.

—Y Jermyn le ha enviado a usted ahora... aquí.

—Así es.

Ore abrió el cajón de la mesa. Melvyn lo examinaba atentamente. Cuando el hombre sacó la mano había en ella una pistola automática «Mauser», grande y negra.

La pistola apuntaba directamente al estómago de Melvyn.

—Es usted un embustero, míster Gallagher, si es que ése es su verdadero nombre. Y un mal embustero, por supuesto.

Gallagher, sin necesidad de volverse supo que ya no estaban los dos solos. Había «alguien» detrás de él.

—¿De veras, míster Ore?

—Sí, míster Gallagher. Mike.

Gallagher no se volvió, tampoco. Aquel «alguien» se le había aproximado.

—Mike, este caballero tiene una pistola bajo el sobaco izquierdo. Quítasela con todo cuidado. Con todo cuidado, Mike.

Gallagher se echó a un lado rápidamente, tanto que la mano del hasta entonces invisible Mike no hizo más que rozarlo.

Luego Melvyn golpeó con todas sus fuerzas. Su mano abierta dio con el canto sobre el brazo flexionado de Mike y éste lanzó un gruñido de dolor.

Todo ocurrió en un segundo.

Un momento después de haber asestado su golpe, Melvyn estaba «detrás» de Mike y éste se interponía entre él y la pistola de Ore.

—Dispare si quiere matar a su muchacho —dijo Melvyn.

Una sonrisa, casi una mueca, torcía su boca.

Mike era un tipo fornido, de mediana estatura y de hombros tan anchos como los de un mono. Su cara cruzada de cicatrices la nariz partida y las orejas retorcidas indicaban bien a las claras que había sido un púgil en alguna época de su vida.

—¿Qué es esto, Gallagher? ¿Un asalto? —preguntó Ore.

No había bajado la pistola, pero había en sus ojos una interrogación perfectamente legible.

—No, simplemente tomo mis precauciones. Quieto, Mike o te parto el brazo.

Había sujetado el brazo del boxeador detrás de la espalda de éste y lo retorció con fuerza.

Mike volvió a gruñir de dolor. El golpe de karate le había dejado el brazo insensible y casi inútil.

—¿Qué desea usted, Gallagher? —preguntó Ore.

No se había levantado, ni parecía que fuese a hacerlo.

—Supongo que toda esta demostración de fuerza obedecerá a algún motivo.

—Sí. Quiero una información.

—Hable.

Se volvió a su boxeador.

—Quieto, Mike. No me servirías de nada con un brazo roto. Hable, Gallagher.

—Es una informaci...

Sintió el violento dolor en la nuca y aflojó la presión sobre el brazo de Mike.

Éste se volvió como un gato y le golpeó con fuerza en la barbilla.

Gallagher cayó hacia atrás y perdió el conocimiento.

Cuando lo recuperó, lo primero que sintió fue un fuerte dolor en la nuca.

Con gran cuidado alzó un brazo y se la tocó. Había en ella un bulto del tamaño de un dólar de plata. Luego, abrió los ojos.

Paseó una mirada circular, sin poder enfocar aún con claridad debido al intenso dolor.

Se encontraba en una habitación de tamaño reducido, ocupada en parte por cajones de bebidas. Lo habían sentado en una silla y alguien le había echado un cubo de agua por encima. Chorreaba y ésta debió ser la causa de su despertar.

—Bueno, chico —dijo una voz frente a él.

Miró y vio la cara llena de chirlos de Mike muy cerca de la suya.

—Ahora nos vas a cantar unas cositas. Con voz muy dulce, muchacho, vas a cantar lo que nosotros te digamos.

Luego le dio un espantoso bofetón, con la mano izquierda, sobre el oído derecho.

Melvyn creyó que la cabeza le iba a estallar y apretó con fuerza las mandíbulas para evitar un nuevo desmayo.

—¿Qué chico? ¿Cantarás ahora?

Había alguien más en el cuarto. Gallagher lo vio a través de los párpados entornados.

La vio, mejor dicho. Porque era una mujer.

—Vamos, vamos, chico ¿qué querías del jefe? ¿Eh?

Esta vez el bofetón fue sobre el oído izquierdo. Pero Gallagher se había preparado. ¿Por qué la gente es tan estúpida? Si golpea a uno una mejilla a la vez siguiente le golpea la otra. A Melvyn le dio tiempo a abrir la boca para evitar la comprensión del aire en el oído.

Levantó la pierna y golpeó a Mike en el bajo vientre.

El púgil, que no esperaba el golpe, salió proyectado hacia atrás, con un agónico gemido, y Gallagher se puso en pie. El imbécil ni siquiera le había atado las manos con un alambre.

Pero había calculado mal sus fuerzas de todas maneras. Los golpes en los oídos le habían mareado.

Tropezó con algo y cayó estirado al suelo. Al instante, alguien se le fue encima, le golpeó en la nuca, y por dos veces en poco tiempo, perdió el conocimiento de nuevo.

Lo primero que vio fue un rayo de luz que le daba directamente en la cara. Sus ropas estaban empapadas, de nuevo.

Parpadeó furiosamente, pero el cegador rayo continuó iluminándolo.

—¿Vas a hablar, chico? —preguntó una voz.

—Vete al infierno.

—No lo toques, Mike —ordenó otra voz—. Apartad esa luz.

Al fin pudo mirar a su alrededor, aún deslumbrado. Continuaba en el cuarto-almacén.

Frente a él estaban Mike, la mujer y Ore.

—Vamos a ver si nos entendemos, Gallagher —dijo éste último—. Ya habrá visto que los métodos de Mike son extremadamente dolorosos. Y lo serán aún más porque la última vez usted...

—La última vez —respondió Gallagher— creo que hice algo por intervenir sobre su control de la natalidad.

—Maldito —dijo Mike.

—Quieto, Mike, he dicho. Exacto, Gallagher. Usted ha colocado a

Mike al borde de la crisis de nervios. Y eso suele pagarlo él de alguna manera. No inventa mucho, pero lo que inventa es doloroso. Lo miró.

—Puede evitarlo nada más diciéndome una cosa.

Gallagher le devolvió la mirada. Luego, la dirigió hacia la mujer. Ésta llevaba un vestido de noche verde pálido, que dejaba al descubierto los hombros, redondos voluptuosamente dibujados.

Fumaba un cigarrillo dorado y tenía los ojos entornados. Su pelo era platino con leves, levísimos toques de malva. Pero no alcanzaba a ver el color de sus ojos.

Melvyn sentía un violento dolor de cabeza. Y los oídos le zumbaban como si alguien se los hubiese llenado de moscardones. Cuando intentó llevarse las manos a los oídos comprobó que ahora no se habían olvidado de atarlo aun cuando no con un alambre sino con un conductor eléctrico.

—Pregunte —dijo.

—¿Por qué mintió, Gallagher?

—¿En qué?

—Referente a Jermyn. Jermyn no podía enviarle a usted aquí.

Las ideas se iban aclarando en la mente de Melvyn. Esbozó una mueca.

—Parece muy seguro, Ore.

—Míster Ore —dijo Mike. Y le dio un violento golpe en la parte posterior de la cabeza—. Míster Ore, para ti. Di siempre míster Ore. Gallagher lo miró, pero no dijo nada. Ore se inclinó sobre él.

—¿Quién le dijo que viniera a verme?

—Jermyn.

—Si le hago una seña a Mike, volverá a golpearle en los oídos. Si lo repite durante algún tiempo, usted se quedará sordo «irremisiblemente».

Melvyn pareció ceder.

—Está bien, pero sólo le puedo decir una cosa: Jermyn me dijo que viniera a verlo a usted.

—Está mintiendo, Gallagher. —Ore hablaba con la boca contraída ligeramente.

—¿Por qué está usted tan seguro de que miento?

—Porque Jermyn murió —fue la rápida respuesta—. ¿Qué dice usted a eso?

Mike levantó las manos en alto para golpear de nuevo. Ore se lo impidió. Parecía estar esperando la respuesta de Gallagher.

Y la respuesta llegó.

—Si ha muerto en las últimas veinticuatro horas, no tengo nada que decir, míster Ore.

Hizo una pausa.

—Pero si usted piensa que ha muerto antes, le diré que está más equivocado que si se fuera a correr las quinientas millas con un camello.

—Pega, Mike, «está» mintiendo —dijo Ore llevándose la boquilla a los labios.

Y la mano derecha de Mike descendió con fuerza sobre la oreja de Gallagher.

Éste comprendió que no podría aguantar mucho tiempo aquel trato sin quedar sordo. La cosa iba en serio.

De su oído salió un poco de sangre.

La muchacha habló desde su sitio, un poco detrás y a la izquierda de Ore.

—¿Qué interés puede tener este hombre en mentir? Pregunto, nada más. No digo que mienta o no. Pregunto qué interés.

—Eso es lo único que me ha impedido dejar a Mike despacharse a gusto —fue la respuesta del dueño del Capistrano—. Saber qué puede querer.

Fumó un momento, reflexivamente, mientras Mike lo miraba con la expresión esperanzada de un perro que huele un hueso.

Gallagher comprendió. Ése era el momento o no habría otro.

—Míster Ore —dijo—. Jermyn estaba vivo hace dos días. Yo mismo le hablé y él mismo me dijo que viniera a verlo a usted. Que añadiese Lut Pen. Y...

Por primera vez Ore pareció sentir un cierto interés. Éste se tradujo en un ligero fruncimiento de las cejas.

Algo casi imperceptible.

Pero Gallagher lo notó.

—Siga, Gallagher. Siga o suelte a Mike.

—Y... añadió: «Yo no tardaré en ir a verlo». Pero lo dijo como si estuviese hablando para sí. Ya sabe usted lo que quiero decir. Como si no se hubiese dado cuenta de que estaba yo delante.

Gallagher no sabía si sería el brillo de la lámpara. La frente de Ore

aparecía ligeramente húmeda. Y nadie suda cuando hay aire acondicionado en perfectas condiciones.

—Está mintiendo, Gallagher —repitió. Pero Melvyn se dio cuenta de que no estaba tan seguro como antes de que su afirmación había sonado un poco mecánicamente—. Está mintiendo —dijo—. ¿Dónde lo vio?

—En el bar de Mungo-Bungo.

—¿Qué hacía allí?

—No me lo dijo. Yo andaba buscando trabajo. Soy de San Luis y he venido al oeste a buscarlo. Entré en lo de Mungo-Bungo y allí estaba Jermyn.

Se detuvo. Ore frunció más aún el entrecejo.

—Siga. Si cuando acabe aún no me ha convencido, le diré a Mike que continúe con el tratamiento.

—Nos conocimos en la aviación. Ya le he dicho que estuvimos en Lut Pen juntos. Yo estaba en la

A. T. C.

Los viets nos habían derribado el helicóptero, pero logré salvarme con el paracaídas. Me quedé en el blocao con los chicos del 6.º. Durante casi diez días. Y allí estaba también Jermyn.

—Siga.

—Cuando le dije que me encontraba sin trabajo, me dijo: «Vete a ver a míster Ore, el dueño del Capistrano y dile que vas de mi parte. El te dará trabajo».

Hizo una mueca.

—No me dijo que el trabajo iba a ser de *sparring* de Mike. Quizá no pensó en los golpes. Quizá.

—Gallagher, ignoro cómo se ha enterado de que yo era el dueño de esto. No habrá sido difícil, pienso. Pero Jermyn murió en Lut Pen, en la última embestida de los viets. En la franja arenosa que rodeaba el blocao por el oeste. En una trinchera.

Gallagher volvió a hacer la misma mueca.

—Yo también lo vi. Es decir, lo que quedó de él. Bueno, quiero decir que lo vi desde lejos. Oiga, míster Ore, usted estaba allí.

Chasqueó los dientes como aprobando algo.

—Usted era uno de los sargentos de la compañía de infantería, ¿no? Me estaba preguntando dónde había visto su cara.

—Deje eso. Jermyn murió. De eso no cabe duda alguna.

—Pues, no, míster Ore. Y ya puede soltar a Mike, si quiere. Jermyn no murió. Se encontró un cadáver quemado por el napalm y su placa y su cartilla, pero no... no era el de Jermyn.

Y Gallagher sonrió.

—Es todo un tío, ese hijo de perra bastardo de Jermyn. Le largó su placa a otro de los quemados y él se largó. Lo que no me dijo fue cómo llegó a Saigón y pudo reembarcar. O tal vez fuera a Thailandia. Ya sabe que muchos evadidos se fueron por ahí.

Ahora no podía haber duda alguna. La frente de Ore estaba húmeda de sudor.

—¿Le pego, jefe? —preguntó Mike.

Ore no respondió. Miraba a Gallagher pensativamente. Su cara no reflejaba emoción alguna, pero aquellas diminutas gotas de sudor...

—Los viets no hicieron prisioneros en Lut Pen.

—Bueno, ya le he dicho lo que él me dijo. No que se hubiera ido a un sitio u otro, sino que le largó su placa a un fiambre y se escabulló. Recuerde usted, míster Ore. El hablaba el viet como un nativo.

—No puede ser.

—¿No se dio usted cuenta, míster Ore, de que el cuerpo que encontramos con la placa de Jermyn era más pequeño? Todos creyeron que eso era por efecto de las llamas, y así es, por supuesto, pero no tanto como aquél. Lo que ocurre es que estábamos todos demasiado intranquilos con los ataques de los morteros y de los tipos aquellos, y en cuanto vimos la placa ya no nos fijamos en más. Muerto estaba y nosotros no queríamos seguir su camino, ¿no? Pero resulta que él, sí, salió de aquello.

—¿Con quién has hablado de todo esto?

—Pues con Jermyn, claro, y con nadie más.

—¿Ni siquiera cuando buscabas a Jermyn? —preguntó de pronto el dueño del Capistrano.

Melvyn lo miró con asombro.

—¿Eso? Bueno, ni siquiera ha escuchado lo que le he dicho. Yo no busqué a Jermyn, porque no tenía ni idea de que estuviera vivo, le digo.

Se echó a reír de pronto.

—Míster Ore, yo diría una cosa: yo diría que fue Jermyn el que me buscó a mí. Sí, si me hicieran jurar por el Libro, yo diría que él fue

quien me hizo ir a lo de Mungo-Bungo.

CAPÍTULO II

Por segunda vez, la mujer habló.

—Repito, ¿qué interés podría tener este hombre en contarte una mentira, Mel? ¿Crees de veras que tiene ganas de que Mike lo deje sordo?

—Te digo que Jer... —comenzó a decir Ore con cierta violencia. Pero se calló a tiempo. Miró a Gallagher y dijo:

—Está bien, Mike. Llévatelo a una habitación, arriba, pero no lo desates. Quiero hablar con él más tarde. Y... no lo toques.

Mike cogió en vilo el cuerpo de Gallagher, con aparente facilidad y se dirigió hacia la puerta.

Ascendió, siempre con la misma soltura que hablaba de su fuerza tremenda, una escalera estrecha, en caracol y por último desembocó en un pasillo en el que había varias puertas.

Empujó una de ellas y dejó caer a Gallagher al suelo.

—Ahí te estarás hasta que el jefe lo quiera, bastardo. —Y le dio un violento puntapié en el costado.

Gallagher no replicó. Cuando se quedó solo, comprobó los conductores eléctricos y vio que eran sólidos y estaban bien atados. No podía sino esperar y eso es lo que hizo.

Se había adormecido cuando sintió algo que le cosquilleaba en la cara. Como estaba completamente a oscuras, se apartó lo que le permitían las ligaduras. Luego oyó una respiración a su lado.

Y por fin se encendió una gastada bombilla en el techo. De pie, ante él, estaba la mujer.

Llevaba encima un chaquetón de piel de marta y sostenía un cigarrillo con la mano izquierda. La luz hacía brillar su cabello como un casco de plata.

Volvió a tocarlo con el pie.

Hasta Gallagher llegó una fragancia que le hizo recordar las primeras violetas de febrero. Era fresca y turbadora. Tendido como estaba podía ver la pantorrilla y el nacimiento del muslo, enfundado en nylon color humo.

—Podrá usted engañar a Mal pero no a mí —dijo ella—. ¿Quién es

usted?

Melvyn se revolvió ligeramente.

—¿Otra vez? No pienso volver a repetirlo. Buscaba trabajo y Jermyn me dijo que Ore me lo daría. No van a sacarme ni una sola bastarda palabras más.

Ahora podía ver sus ojos. Eran de un azul muy oscuro, casi negro.

Los tenía clavados en él.

—Además —añadió Melvyn—. ¿Por qué no le preguntan a Jermyn? Podrían encontrarlo donde me vio él a mí. Yo diría que se disponía a pasar mucho tiempo allí. Y si no es así, allí sabrán dónde puede estar. Yo no pienso decir una sola palabra más.

—No dude de que lo harán —respondió ella suavemente—. No lo dude ni un momento. En este mismo instante están buscando allí y en otras partes.

—Luego ese tipo, Ore, cree que es verdad lo que yo le dije, ¿no? —respondió Gallagher con acento de triunfo.

—Digamos solamente que toma sus precauciones.

Melvyn le echó una rápida mirada, una mirada calculadora.

—¿Por qué comenzó a sudar ese tipo, Ore, cuando le dije dónde y cuándo había visto a Jermyn? —preguntó astutamente.

—Si lo llega a saber, rece —fue la respuesta sorprendente—. Rece, porque le va a hacer falta.

La puerta se abrió y Mike apareció en ella.

—¿Qué hora es? —preguntó Gallagher.

—Las cinco de la mañana, si es que le puede interesar en algo —repuso la mujer—. Mike, carga con ese fardo.

Y por segunda vez en la noche, Gallagher se encontró en los brazos del ex boxeador.

Fue conducido a la sala, que estaba vacía a esas horas. Solamente un par de músicos y cinco o seis camareros estaban reunidos en torno a una mesa, bebiendo.

Los miraron pasar con aire de indiferencia perfectamente estudiado. Luego, Mike metió su carga en el despacho de Ore.

Éste estaba sentado tras de su mesa. Hizo una seña y Mike depositó el cuerpo de Gallagher en el suelo.

—No veo a Jermyn —dijo Melvyn con una crispada sonrisa—. ¿No lo ha encontrado, usted?

Ore lo miró especulativamente. Sobre la mesa se veía la misma

«Mauser» con la que le amenazara horas antes.

—¿Qué clase de trabajo buscaba usted, Gallagher?

—Cualquiera.

—¿Cual... quiera?

—Cualquiera.

—Imagine que le diera la orden de hacer salir a un individuo de la ciudad. Y que le pagase bien por ello.

Gallagher enseñó los dientes en una mueca de lobo.

—¿Pagaría sueldo o pagaría una recompensa?

—Podría ser cualquiera de las dos cosas... o ambas a la vez.

—Ese hombre saldría de la ciudad. No lo dude. Pero saldría más rápidamente aún si usted me pagase sueldo fijo. Me gusta comer todos los días, no alternados.

—Supongamos que me interesase que ese hombre saliese... muerto. Como medida de precaución, simplemente.

—Saldría, míster Ore. Saldría de una manera u otra, pero saldría. Yo se lo garantizo.

Mel Ore levantó la mirada de la punta de su cigarrillo y ambos hombres cambiaron una mirada.

—Voy a probar con usted, Gallagher.

—Y no se va a arrepentir, míster Ore. Ya le he dicho que intento comer todos los días, si es que puedo. Y además de comer me gustan otras cosas.

Mel Ore volvió a mirarlo. Parecía estarle pensando, calibrando, y eso de una manera constante, como si hubiera algo en él que se le escapaba y hubiera de pensarlo una y otra vez.

—¿Qué clase de amistad era la que tenía usted con Jermyn?

Gallagher se encogió de hombros.

—¿Es que...?

Ore levantó la mano en el aire.

—No quiero que haga preguntas, Gallagher. No le voy a pagar para que las haga. Quiero que obedezca mis órdenes, como las obedece Mike.

—Lo hará. Usted paga y usted manda. No hay más que hablar.

—Dígame qué clase de amistad tenía con Jermyn.

—No sé si era amistad o no. Usted ya sabe lo que es el ejército, ¿no? Lo había conocido en Saigón. Ya le dije que yo estaba en el A. T. C.,

y él en la infantería. Le hice algunos servicios, y él me hizo a mí otros. Ya sabe, esos servicios de... allí. Yo le transportaba algunas cosas en los aviones, y él me proporcionaba otras en tierra. Cosas que se hacen hoy por ti y mañana por mí.

La muchacha tenía la boca torcida como si estuviera oliendo algo desagradable.

—Vas a contratar a un buen animal para formar un tronco con Mike —dijo.

—Cállate —ordenó Ore pensativamente.

Dejó caer la ceniza de su cigarrillo. Luego miró de nuevo a Melvyn.

—Gallagher, va a encontrar usted de nuevo a Jermyn.

—Sí, jefe.

—Y cuando usted lo haya encontrado, va a hacer que salga de la ciudad. Como sea, Gallagher. Lo va a sacar de la ciudad, quiera o no, sea fácil o no.

Gallagher miró a su alrededor.

—Yo creí —dijo— que Jermyn era amigo suyo.

—No conteste —fue la respuesta—. Usted hará lo que yo le ordene, si es que quiere trabajar para mí. Le pagaré quinientos a la semana, Gallagher. Puede usted ir pensando en ello.

—¿Todas las semanas?

—Todas. Se quedará usted a las órdenes de Mike y hará lo que él le ordene.

Gallagher miró a Mike. Éste tenía una fea mueca en la cara acuchillada.

—Está bien, jefe. Usted manda. Pueden desatarme.

—Esas ataduras, Mike.

El boxeador se inclinó sobre Gallagher y le cortó los conductores con unas pequeñas tenazas. Luego se enderezó.

Melvyn se puso lentamente en pie, friccionándose las muñecas para restablecer de nuevo la circulación.

Durante un instante nadie habló.

La primera en hacerlo fue la mujer.

—Un hermoso par de bestias para un tronco, Mel —dijo—. Por lo menos puedes tener la seguridad de que te servirán fielmente.

—No lo dude, hermosa —dijo Gallagher de pronto.

Giró sobre sí mismo y golpeó a Mike con todas sus fuerzas sobre el oído derecho.

El golpe fue tan brutal que el boxeador salió disparado hacia atrás y su cabeza chocó contra la pared.

De dos saltos, Gallagher se le fue encima y volvió a golpearlo, esta vez en la boca. Luego le hundió la rodilla en el bajo vientre.

Y por fin se volvió para enfrentarse a la «Mauser» de Ore.

—Nada de esto va contra usted, jefe, por supuesto —dijo sonriendo conciliadoramente—. Tenía una cuenta pendiente con este bastardo que pega a los hombres cuando están atados y en el suelo.

Los ojos azul pizarra de la mujer estaban clavados en él.

—No dispare, jefe.

Gallagher alzó una mano en el aire.

—Sólo quería discutir este asunto en igualdad de condiciones. Y cuando esta gata no pudiera golpearme por detrás como lo hizo la otra vez.

Ore dijo fríamente:

—Lo voy a matar, Gallagher.

—Y no sabrá dónde está Jermyn, si lo hace.

La pistola bajó. Casi imperceptiblemente, pero bajó.

—Sí, míster Ore. Sé dónde puede encontrar a Jermyn. Y sé también ahora que a usted le interesa mucho encontrarlo a él. Mucho, jefe. Y dígame si me equivoco.

—¿Sabe usted —dijo Ore— que Mike lo matará por lo que le ha hecho?

—Sí, si usted se lo permite. Y, pese a todo, no crea que le iba a ser a Mike tan fácil el acabar conmigo. ¿Qué ocurre, míster Ore? Me parece que yo he puesto las cartas sobre la mesa.

Alzó un dedo en el aire.

—Fíjese. Nada más por venir a buscar trabajo, me acusan de mentiroso y de no sé cuántas cosas, sólo porque he visto a un tipo con el que tuve alguna relación. Y luego se ponen a golpearme y a patearme. Dígame si es como para estar contento.

Se volvió a la mujer.

—Usted lo sabe bien. Ese Mike me ha pegado atado. No se lo consiento a ningún hijo de perra, A mí que me peguen derecho sobre los dos pies, y cuando yo pueda contestar. No así, a lo cobarde. Y luego, usted dice que quiere matarme. Pues no lo entiendo, Ore. Pero al menos he puesto las cartas sobre la mesa, que es como hacen los hombres.

La pistola bajó una pulgada.

Mike se ponía lentamente en pie, sacudiendo la cabezota, como si le pesase.

Hubo un instante de tensión.

Ore seguía mirando a Gallagher y el púgil continuaba incorporándose con un brillo asesino en las pupilas.

Pudieron ver los músculos de Gallagher contrayéndose bajo la tela liviana de la chaqueta.

Ore dijo por fin:

—Le voy a dar una oportunidad, Gallagher.

En el silencio que siguió a sus palabras se oyó perfectamente el contenido aliento de la mujer.

—Pero le haré saber una cosa: Ore no da más que una sola oportunidad en su vida. Una sola, Gallagher.

Melvyn sonrió.

—Gracias, jefe. No se va a arrepentir. Se lo digo yo.

Se volvió hacia Mike y añadió sin dejar de sonreír:

—Eso te enseñará otra vez a no golpear a un caído, bastardo hijo de perra. ¿Tienes bastante o prefieres continuar la lucha?

CAPÍTULO III

La muchacha miró interrogativamente a Melvyn. La cara de éste presentaba aún las señales de la pelea de dos días antes.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

Había un tono claro, marcado, de desprecio en su voz.

Melvyn sonrió.

—Quiero decir que si es la casa la que la obliga a salir al encuentro de los clientes para pedirles el sombrero y... así.

Le señalaba las piernas desnudas, excepto por las mallas, finísimas y de color carne que llevaba puestas.

—¿Le autorizaron ya para hacerme preguntas?

Había levantado la cara. Era rubia, de ojos verdosos y la carita ligeramente triangular. Ello le daba un aspecto levemente gatuno.

Y en estos momentos había en ellos una expresión de rabia contenida.

—Nadie —asintió Gallagher—. Pura curiosidad.

—Entonces... desfile.

Eran las diez y media. Un hombre, vestido con un traje de etiqueta sobre el que se había echado una gabardina, apareció en lo alto de la escalera. La muchacha se adelantó hacia él.

—Su sombrero, por favor, señor —dijo dulcemente.

—Mi sombrero y mi libertad si la quiere, preciosa —respondió mirándole con ojos inyectados en sangre. Parecía haber estado bebiendo mucho.

—Por el momento me conformaré con su sombrero, señor.

El alargó la mano para tomarla por la cintura. Lo esquivó hábilmente y se volvió para colocar el sombrero en el guardarropa y coger la ficha.

Melvyn la observaba. La vio hacer una mueca de asco. Melvyn sonrió ligeramente y ella lo notó.

—Bueno, te veré después, preciosa —dijo el hombre recogiendo la ficha—. Un día de estos hablaremos largo y tendido. Sobre todo, tendidos.

Y penetró en el salón tambaleándose.

Gallagher dio un paso hacia la joven.

—Eso es precisamente lo que quería decirle antes. ¿Por qué no busca otro empleo?

—Porque en éste —respondió ella insolentemente—, me pagan bien.

Su tono podría ser insolente, pero había una luz un tanto patética en sus ojos. Como si se estuviera acorazando contra el entorno, pero aún no lo hubiera logrado por completo.

—Y cuando una aprende, y se aprende rápido, es fácil esquivar a un borracho.

Mike apareció junto a Gallagher, andando como un gato.

—El jefe quiere verte —dijo inexpresivamente.

Ore estaba sentado tras la mesa de su despacho. Fumaba su inseparable boquilla de ámbar gris. Miró a Gallagher fijamente.

—Mike acaba de llegar del bar de Mungo-Bungo —dijo—. No había allí nadie que me pueda interesar a mí.

Melvyn lo miró inexpresivamente.

—Cuando usted quiere pescar una trucha, ¿le pone una cabra como cebo? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Enviar a Mike a un lugar esperando que pase inadvertido, es como disfrazarse de domador para no llamar la atención en una calle de pueblo —fue la respuesta.

—Te voy a echar las tripas abajo, cerdo —dijo Mike con la cara convulsa.

—Quieto —ordenó Ore. Volvió a Gallagher la fría mirada de sus ojos—. Sin duda, tú lo harías mejor, ¿verdad?

—Desde luego, jefe.

—Jefe, no le haga caso —dijo Mike abriendo y cerrando las enormes manos—. No es más que un piojoso vagabundo, y a una sola palabra suya...

Ore alzó la mano en el aire.

—Quieto, Mike, o me veré obligado a decirlo de otra manera. No quiero decirlo de otra manera, ¿comprendes? No quiero.

Se volvió hacia Melvyn.

—Gallagher, irás esta noche al bar de Mungo-Bungo. Quiero que veas a Jermyn. Después de lo que has dicho acerca de Mike, no puedes fracasar, ¿verdad?

Melvyn sonrió.

—Si no veo a Jermyn será porque se ha escondido y no ha ido al bar. No porque yo fracase en... bueno, en lo que sea. Pero, jefe, déjeme trabajar a mi manera. No me ponga gorilas a los talones.

—Irás solo —asintió Ore.

Cuando Melvyn se dirigía hacia la puerta, ésta se abrió y la mujer del pelo platinado apareció en el umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó Ore.

—Este mocito está mostrando mucho interés por Jinny, y por su manera de atender a los clientes. ¿Por qué no le dices de una vez que dirija el club? Ahorraríamos tiempo y quemaríamos etapas.

Ore dio un ligero golpe sobre la mesa con la boquilla para desprender de ésta el cigarrillo.

Luego pronunció lenta y claramente:

—Andy, todas esas cosas me tienen sin cuidado. No quiero que me interrumpas para esas estupideces, ¿comprendes? No lo quiero.

Su voz había ido subiendo de tono. No chilló, pero dio la impresión de que lo hubiera hecho.

Melvyn se dirigió hacia la mujer, que estaba en el camino de la puerta. Cuando llegó frente a ella, se paró y la miró de arriba abajo.

—Me ocupé de que esa chica no distrajesse demasiado a los clientes. Sólo de eso. ¿No se ha fijado usted, preciosa, en que cuando alguien le mira los muslos a la chica del guardarropa no se fija en la cantante Andy Bell? ¿No lo ha observado nunca, de verdad?

Andy levantó la mano y la plantó en el rostro de Gallagher. Los ojos de éste brillaban humorísticamente.

Ella volvió a pegarle. Luego le volvió la espalda, jadeante el hermoso pecho, y apretados los labios hasta formar una sola línea.

Melvyn salió.

El salón estaba lleno y aún se oían débiles aplausos. La actuación de Andy había sido particularmente feliz aquella noche. Tenía una voz ronca y provocativa, y sabía mover las caderas casi como una negra. Sus interpretaciones de los *rocks* de Johnny Milleas eran francamente buenas.

El Capistrano está situado con la fachada principal sobre Kosciusko y la parte trasera a la calle de Golden y a dos callejones sobre los que se abren las entradas de servicio.

La habitación de Gallagher estaba situada sobre uno de estos

callejones y en el primer piso.

Una ventanilla pequeña, enrejada, le permitía ver la pared fronteriza, formada por una tapia de ladrillo, perteneciente a una fábrica abandonada.

Gallagher se movió, una vez dentro de su cuarto, con movimientos bruscos pero precisos.

Se acercó a la ventana y lanzó una mirada oblicua. No había nadie en la calleja.

Cerró la puerta, la ventana y corrió la cortina de ésta.

El mobiliario del cuarto se componía de una cama, un armario viejo y una silla. Sobre ésta había un paquete que contenía una camisa nueva, acabada de comprar y un paquete de cigarrillos «Herbert Tareyton».

Echó la camisa sobre la cama y abrió el cartón con mano firme. Cinco paquetes grandes se ofrecieron a su vista.

Los apartó y se enfrentó con los cinco paquetes de abajo. En apariencia eran perfectamente iguales a los de arriba, pero en la realidad, uno de ellos era distinto.

Lo abrió. Dentro había un mecanismo muy pequeño. Tiró de un hilo metálico, leve como un pelo y éste se alargó hasta casi las doce pulgadas de largo.

Lo acercó al oído y oprimió con la uña un botón que había en el costado del paquete, justo sobre la «r» de *filtre*.

* * *

A la una y inedia llegó el relevo de la muchacha del guardarropa. Con un gesto de cansancio, marchó al diminuto cuarto donde se acababa de desvestir su compañera, y comenzó a quitarse el reducido uniforme.

Cuando salió de nuevo al pasillo, ya vestida, éste se hallaba obstruido. Mike, el boxeador de las enormes espaldas, lo tapaba casi por entero.

—No empecemos, míster Cadogan —dijo ella—. ¿Es que usted no se cansa nunca?

—No, encanto.

—Míster Cadogan, si se acerca a mí soy capaz de sacarle un ojo. Ya se lo dije, ¿no? Recuérdelo bien.

La cara llena de chirlos se abrió en una amplia sonrisa.

—*Miss Bell* quiere verte, preciosa.

—¿A estas horas? Ya terminé mi jornada de trabajo. Que espere a mañana.

—Yo que tú no la haría esperar. Dijo que quería verte ahora, precisamente ahora. Mira qué casualidad.

—Por el amor de Dios, míster Cadogan, ¿no puede usted quitármela de encima?

—No, y más vale que te des prisa, paloma.

Intentó ponerle la mano en la cintura. Ella esquivó con la larga práctica que da el contacto continuo con hombres.

Luego, Jinny echó a andar rápidamente por el pasillo.

Al llegar a la puerta del camerino de Andy Bell, sobre el cual había una gran estrella y un ojo, en dorado, llamó.

Una voz le invitó a entrar.

Miss Bell se volvió y la miró. Estaba sentada ante su espejo, y su cabello platinado brillaba a la luz de la lámpara. Era muy bella. La muchacha la contempló con un sentimiento de resignada envidia.

Andy pasó sus ojos desde las bien formadas piernas de Jinny hasta el cabello rubio oscuro, limpio, corto y sedoso. Lo llevaba casi pegado al cráneo, lo que acentuaba la impresión gatuna que daba.

—Necesitas mucho tu empleo, ¿jovencita? —preguntó Andy.

—Sí, *miss Bell* —respondió la joven—. Lo necesito bastante. Supongo que como todos.

—Pues si lo necesitas, no uses tus mañas. Si lo haces puedes irte despidiendo de él.

—No la entiendo, *miss Bell* —respondió Jinny.

—Simplemente, no quiero que hagas tonterías con los clientes. No eres tú la que los atrae aquí, nenita, no lo olvides. Límitate a lo tuyo. Al guardarropa.

Jinny aspiró profundamente.

—Yo no tengo la culpa de que alguien pensara que me entregarían más sombreros si tenía los muslos al aire —replicó.

Había procurado controlar la voz. No obstante, se notaba la tensión en ella.

—Nenita, cállate. No te he dicho que puedes hablar aún. Tus muslos no traen clientes. Pero si mueves lo que hay encima de ellos cuando vas a recoger sombreros, entonces sí, entonces la cosa cambia.

Espero que me entiendas.

—Por supuesto que la entiendo, pero nunca moví eso demasiado. No es mi estilo, simplemente. No lo he necesitado... hasta ahora.

¿Una sublevación? Andy Bell la examinó con atención. Hasta entonces sólo le había concedido un modesto interés: Las palabras de Gallagher la habían soliviantado.

Ante ella tenía a una muchacha de unos veinte años. Alta, de alto pecho y piernas perfectas. No llevaba minifalda, pero sí iba bastante corta. Por tanto, nada podía ocultar. Y lo que se veía era de primer orden.

Y veinte años. Andy Bell decidió contemporizar.

Se puso en pie y se acercó un poco a la muchacha.

—Lo digo por ti, chiquilla —dijo acentuando la palabra—: Una adulta sabe cosas que una pequeña como tú ignora aún. Sobre todo, acerca de los hombres. ¿Comprendes?

«Comprendo también a ciertas mujeres —pensó Jinny—. Sobre todo cuando son como tú».

Pero no dijo nada. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. La voz de Andy llegó a ella de nuevo:

—Y sobre todo, recuerda, nada de familiaridades con los hombres de aquí. Ni míster Ore ni yo queremos líos.

Jinny se volvió con el picaporte en la mano.

—¿Se refiere usted a Mike? —preguntó—. Lo siento, pero nada tengo que ver con eso. Cada vez que pasa por mi lado parece que no puede dominar sus manos, y aparte de eso no se ha cansado de hacerme proposiciones. Y no lo he provocado yo.

En los ojos de Andy leyó que no se trataba de Mike. Andy se había encogido de hombros.

«Apuesto a que no es mi virtud lo que le importa, sino la de algún otro», pensó.

—Vete. Y no lo olvides —respondió la cantante.

«Si estás encaprichada con el nuevo, puedes quedarte con él —pensó Jinny saliendo del camerino y cerrando detrás de sí la puerta—. Puedes quedarte con todos los cochinos».

Y salió a la calle definitivamente. La lluvia azotó su rostro y una bocanada de aire frío le traspasó el gabán. En ese momento distinguió una sombra pegada a la pared.

Conocía a aquellos eternos cazadores de mujeres solas. Si se les da

frente y se les amenaza con el agente de ficción, suelen largarse. Se dirigió taconeando fuertemente hacia la esquina del callejón y la calle de Golden.

Pero nadie intentó cerrarle el paso. La sombra se desvaneció en la oscuridad. Ella volvió atrás la vista y distinguió una luz amortiguada en la fachada del club que daba a la calleja.

«El nuevo no se ha acostado», pensó.

Y súbitamente la idea de que aquel hombre, al menos, no había intentado ponerle la mano encima ni la había mirado con los ojos turbios, le acudió a la mente. Se encogió de hombros y continuó su camino.

«De todas formas, más tarde o más temprano, lo intentará —se dijo—. Todos son absolutamente iguales ante unas piernas bien hechas».

Vivía en una pensión barata, cerca del río, casi junto al barrio negro. Lo más barato que había podido encontrar. De los cien dólares semanales que ganaba tenía que enviar veinticinco a su padre aparte de cigarrillos y algunas otras cosas. Y así, hasta que cumpliera los siete años de sentencia en Sing... Sing.

«Un día tras otro», pensó rabiosamente mientras doblaba la esquina de Sheridan con Navajo Creek.

En la misma esquina estaba situado el bar de Mungo-Bungo, el hombre montaña, el más grueso al oeste del Mississippi, como aseguraba él mismo a todo el que le quería oír. El hombre de las casi cuatrocientas libras de peso.

Y entonces vio al nuevo.

Estaba dentro del bar apoyado en el mostrador. Pero ella recordaba perfectamente haber visto luz aunque velada, en la habitación que según le dijera Mike habían asignado al nuevo.

«Me habré equivocado», pensó. Y continuó el camino por Navajo, cuando vio el coche.

Llegaba lentamente, bordeando la acera y se paró antes de llegar a la esquina.

Ella lo conocía. Era uno de los coches de Ore, el que solía usar Mike, precisamente. Lo reconoció por las cortinillas traseras.

«¿Qué estará a punto de ocurrir?», se preguntó.

Pero estaba demasiado cansada para preocuparse por algo que no fueran sus doloridos pies.

En ese momento alguien salió del bar de Mungo-Bungo y casi tropezó con ella. Precisamente el hombre en el cual había estado pensando. El nuevo.

—Cuidado —dijo ella.

Al oír su voz, Melvyn se volvió como si le hubiese picado una avispa.

—¿Usted? ¿Qué diablos...?

Lanzó una mirada circular, pero el automóvil se había detenido antes de la esquina y estaba fuera de su radio de visión.

Y entonces Jinny se llevó un susto. Una mano fuerte, tremendamente fuerte, la asió del brazo y sintió cómo la arrastraba hacia Sheridan.

—¡Suélteme! —dijo con voz estrangulada—. ¡Suélteme o empiezo a gritar! ¡Suélteme, he dicho, maldito!

CAPÍTULO IV

Melvyn la soltó. La calle estaba apenas iluminada por un reverbero que dejaba caer una pálida claridad sobre la esquina.

—No es necesario que siga chillando. No pienso hacerle daño.

—¡Eso es lo que no iba a permitir yo! —respondió ella, jadeante aún—. ¡Si vuelve a ponerme la mano encima le aseguro que...!

—Pero no sería capaz de matarme —respondió él secamente—. ¿No vio el coche?

—¿Qué co...?

El ruido de un motor que se alejaba llamó su atención. Se volvió hacia el nuevo.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que han disparado sobre mí y que podían haberle dado a usted —respondió Melvyn. Se apartó de ella y encendió un cigarrillo—. Y me gustaría saber exactamente quién ha sido, aunque tengo una ligera sospecha de ello.

La joven dio dos pasos hacia la esquina y miró. El coche había desaparecido.

—Eso es una maldita mentira —comenzó a decir. Pero la luz del farol, que daba directamente sobre la cara del hombre, le cortó la palabra. O no reconocía a los hombres o aquél no estaba mintiendo.

—No, no lo era —respondió Melvyn—. Usted no lo oyó, pero sonó como si alguien hubiera destapado una botella. Vamos, nena, vuélvase a casa. ¿Vive lejos?

Ella tenía las manos heladas. Se las frotó.

—Pe... pero no comprendo. ¿Quién...?

—No se preocupe de eso. ¿Vive o no vive cerca?

—Dos manzanas más allá.

—La acompañaré.

La tomó del brazo y se metieron por la calleja. Dos pasos más allá estaba lo que había obligado al coche a retirarse. Un policía avanzaba lentamente, balanceando la porra.

Los miró suspicazmente y los siguió con la vista hasta que los vio perderse en la distancia.

La joven hizo una mueca.

—He ahí un hombre que ya no volverá a creer en mi buena reputación —dijo—. Todas las noches me saludaba. Era el único amable en todo el condenado sector.

Se desasíó de un tirón.

—Vamos, nada me va a ocurrir. Lárguese.

—No lo sé —fue la sorprendente respuesta.

—¡Vamos! —protestó ella—. Lárguese o lo llamo a él.

—Sólo la acompañaré hasta la puerta de su casa. Quiero ver cómo entra sin que suceda nada.

Ella señaló una puerta a la que se ascendía por cinco escalones.

—Pues hemos llegado. Y ahora... ¡Fuera de aquí!

Y entonces se volvió al oír el suave deslizarse de neumáticos sobre el piso mojado.

—¡Entre! —ordenó él—. ¡No discuta ahora! ¡Entre!

Había tal autoridad en su tono, que la joven obedeció. Ascendió las gradas, abrió la puerta y entró. Luego, jadeante, sintiendo que el corazón le bailaba dentro del pecho, se volvió y por la rendija que dejaba la puerta mal cerrada miró.

Y lo que vio la llenó de asombro. De asombro y de terror.

El nuevo se había echado a un lado, justo en el momento en que un coche, lanzado a toda velocidad pasaba junto a él.

El coche, desde luego, era el mismo que ella viera minutos antes. De una de sus ventanillas brotó una llamita naranja, luego otra, y por último una tercera.

Hasta Jinny llegó el ruido de algo que golpeaba las losas de la calle. Como gruesas gotas de lluvia, sólo que no llovía en ese momento.

Luego el coche saltó hacia adelante, acelerando cada vez más.

Aún presa de un terror como jamás había sentido, Jinny abrió la puerta. Porque aún más que su terror podía aquella vocecilla que le advertía que acababan de matar a alguien delante de sus propios ojos.

—¡Soco...!

—Por el amor de Dios, no grite de esa manera —dijo una voz. Desde el suelo, Melvyn Gallagher comenzaba a incorporarse—. No grite, no estoy muerto.

—Pero...

—No estoy muerto, le digo. Esos asesinos han fallados veces esta

misma noche.

—¿Está herido?

—Ligeramente. ¿Puedo entrar?

Ella vaciló.

—No nos permiten visitas masculinas. Aunque... bueno a estas horas esa individua está acostada. Yo no puedo... Bueno, pase.

—Gracias —respondió él—. Procuraré no hacer ruido.

Ascendieron una escalera estrecha y llegaron a un corredor. La muchacha abrió la puerta de la derecha. Cuando entraron, encendió la luz.

Era un cuarto mísero. Estaba ocupado casi por entero por una cama de hierro, una mesa, dos sillas y un pequeño hornillo de gas.

Ella observó la mirada de Gallagher.

—No es el Sheraton —observó secamente—, pero es todo lo que dan por dos dólares diarios. Y al menos, cuando llueve, el agua no me cae encima.

Melvyn dirigió la mirada a su pierna. Ella la siguió. Un hilo de sangre fluía por la pernera abajo.

Jinny se quitó el gabán, encendió el gas y puso un cacharro a calentar sobre él.

—Déjeme ver eso —pidió.

—Bastará con que me de un poco de agua caliente. Yo mismo lo haré.

Levantó la pernera y examinó la herida.

—No es más que un arañazo. No vale la pena que siga usted levantada. Me iré.

—Vamos, vamos, déjeme que lo vea.

La joven se arrodilló a su lado y frotó la pierna con algodón empapado en alcohol.

La puerta se abrió.

Una mujer seca, de ojos muy azules, con una bata verde muy arrugada encima del flaco cuerpo, apareció en el umbral.

—Me lo imaginaba —silabeó—. ¡Me lo imaginaba! Usted y sus callejeos. ¡Le dije que no consentía que subiera aquí a esos tipos! ¡Se lo dije y ahora mismo se va a marchar de mi casa! ¡Ésta es una casa decente, vagabunda!

Jinny se puso en pie con la cara enrojecida.

—Señora Mac Coy —comenzó.

—¡No pienso escucharla, golfa! ¡Se creyó que no la iba a oír entrar! ¿No es eso? ¡Pero yo lo oigo todo! ¡Y usted, máchese inmediatamente, sucio tipo! ¡No tardará en seguirle su vagabunda! ¡Pueden irse a la calle a... lo que tengan que hacer, si tanta prisa les corre!

Las mejillas de Jinny echaban llamas, literalmente. Sus manos se crisparon, pero ya hablaba Melvyn.

—¡Si no se calla le voy a echar los dientes abajo, vieja asquerosa! —dijo poniéndose en pie.

La Mac Coy abrió mucho los ojos.

—¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atre...! ¡Llamaré a mi marido! ¡El lo va a tirar a usted por las escaleras abajo, le va a partir los huesos! ¡Y llamaré a la policía!

Melvyn se dirigió hacia ella y le dio un empujón, sin emplear apenas fuerza.

—Por favor —dijo Jinny con voz agobiada.

Pero Melvyn sacó a la mujer al pasillo. Allí la arrinconó contra la barandilla de madera.

—No va a volver a gritar —le dijo en voz baja. Sacó del bolsillo un billete de cincuenta y se lo puso en la mano—. Otro como éste hay para usted, pero va a dejar de gritar ahora mismo.

La mujer miró la cantidad. Sus ojos se abrieron.

—Yo... mi casa es una casa decente.

—Lo sé, señora Mac Coy. Y dejaremos la puerta abierta. Yo me he herido casualmente y Jinny me estaba ayudando a lavarme la herida, eso es todo. Usted misma podrá presenciarlo todo. Pero, recuerde que le daré otro igual.

La Mac Coy cerró la ganchuda mano sobre el billete.

—Siendo así... Si es sólo que se ha herido. No se lo diré a míster Mac Coy.

—De acuerdo, señora. Y ahora...

Un momento después estaban solos. Jinny se pasó una mano por la frente.

—Por el amor de Dios, y en qué líos se puede ver metida una. Con el trabajo que me costó encontrar esta pocilga, Bien sabe Dios que la vieja bruja ni me deja apenas usar el gas, pero al menos es un techo y cuatro paredes. Vea lo que hemos hecho.

Melvyn la miró.

—No se preocupe. —Sonrió—. ¿Qué se apuesta a que desde ahora esa vieja buscona...? Bueno, ¿qué se apuesta a que no la molesta más?

—¿Qué le ha hecho?

Melvyn no respondió. En su lugar, se aproximó a la ventana.

—Apague la luz, por favor. No —añadió al ver el gesto de ella—. Sólo quiero ver si hay alguien en la calle.

Jinny obedeció. Melvyn levantó la sucia cortina y miró a la calle.

—Encienda de nuevo. Está vacía.

Miró a la mesa, sobre la que había un plato tapado con otro. Levantó éste y examinó un poco apetitoso trozo de carne.

Miró a Jinny.

—Siento todo lo que ha ocurrido —dijo con aspecto de sinceridad—. De veras que lo siento.

—Es igual —respondió ella cansadamente. Se dejó caer sobre el lecho—. Creo que con lo cansada que estoy lo único que deseo es dormir. Dormir hasta hartarme. Y no me importaría si no despertaba, tampoco.

En esto, algo acudió a su memoria.

—Oiga... —comenzó.

Pero él había abierto la puerta, salió y cerró suavemente tras de sí.

Jinny se encogió de hombros. Se quitó los zapatos, y se dirigió a la mesa. Al levantar el plato de la carne, vio que junto a él había un billete de cien dólares.

Con él en la mano, corrió hacia la puerta pero en ella no había nadie más que la escuálida *mistress* Mac Coy.

—¿Qué hace? —preguntó ésta—. ¿Corriendo tras él? ¿No le da vergüenza? Apuesto a que no entiendo cómo un tipo como él puede...

Jinny sintió que un golpe de sangre la cegaba.

—¡Váyase! —dijo—, váyase o me siento capaz de echarle las manos al pelo y arrancárselo hasta el último cabello. Mañana me iré de esta pocilga, pero por el momento, ¡váyase!

La Mac Coy pareció calmarse ligeramente.

—¿Marcharse? ¡Yo no la he echado! Vamos, deje de interpretar mal mis palabras.

Jinny entró en su cuarto y cerró de un portazo. La vieja miró la puerta con un gesto extraño en su rostro. Envidia por la juventud de

la otra, por aquel cuerpo flexible y armonioso, envidia hacia todas las mujeres bellas en general.

Bajó la vista. En su mano había dos billetes de cincuenta verdes, nuevos, crujientes.

—Perra vagabunda —dijo—. Pero cuando no haya quien pague por ti, ya te voy a enseñar yo.

Y comenzó a bajar las escaleras.

Dentro de su cuarto, Jinny se cogió la cabeza con las manos y estuvo así durante mucho tiempo.

CAPÍTULO V

Melvyn miró su reloj al despertarse. Eran casi las nueve de la mañana.

Se dio un baño, se afeitó y luego se dirigió hacia el cartón de tabaco. Sacó el paquete de «Herbert Tareyton» y extrajo de él el fino hilo de cobre.

Habló durante un momento en voz baja y luego volvió a cerrar el paquete y a dejarlo en su lugar.

Bajó al bar. Éste estaba en manos de los empleados negros de la limpieza. El jefe de camareros, el hombre que lo recibiera el mismo día en que llegó, lo miró fijamente pero sin decir una sola palabra.

—¿Está Mike? —preguntó Melvyn.

—Sí —respondió el hombre—. Si se vuelve podrá verlo tras de usted.

Melvyn giró lentamente. Mike lo miraba desde la puerta. Los que asistían a la escena los contemplaban expectantes. Entre ellos se notó un ligero movimiento de retroceso.

—Hola, Mike —dijo Melvyn.

—¿Preguntabas por mí?

—Preguntaba por un hijo de perra. Has llegado a tiempo. Como si te lo hubieran dicho al oído.

Mike llevó la mano al sobaco. Su movimiento fue rápido, pero mucho más lo fue el de Gallagher.

En la mano de éste apareció una «22» achatada.

—Estate quieto, hijo de perra, porque no te quiero matar todavía. Antes quiero que hablemos los dos con el patrón.

En los ojos de Mike apareció una lucecilla verdosa.

—El patrón no vendrá hoy.

—No tengas tanta prisa en morir, Mike. Y vosotros, si alguno se mueve, dispararé contra sus rodillas. No moriría, pero pasaría la vida con un par de muletas.

Los camareros retrocedieron un paso más. Era evidente que ninguno de ellos iba a intervenir. Consideraban aquello por encima de sus atribuciones.

Gallagher se aproximó a Mike. Éste no se había movido. Solamente un invisible proceso de masticación hacía mover sus orejas.

—Quieto, Mike.

Le quitó la pistola rápidamente con la mano izquierda, sin dejar de apuntarle. Se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Luego, antes de que el otro pudiera abrir la boca, lo golpeó en la mandíbula con el cañón de su arma y lo tiró para atrás.

Pese a la dureza adquirida en muchos combates, Mike se vino al suelo como un saco.

Gallagher se inclinaba sobre él para volver a golpearlo, cuando hasta su nariz llegó el perfume.

Se volvió, sin levantarse. Andy Bell acababa de entrar silenciosamente. Desde su lugar, Gallagher veía las esbeltas piernas enfundadas en nylon color tórtola.

La mujer contempló la escena. Se volvió hacia él.

—Vamos al despacho de mister Ore —dijo con voz calmada—. Éste no es lugar para discutir, ni siquiera tan amistosamente como lo hacéis vosotros.

—Levántate, muchacho —dijo Melvyn.

Y Mike obedeció.

Un momento después entraban en el despacho.

—Y ahora —dijo Andy cerrando la puerta tras de sí—, quiero saber lo que ocurre entre vosotros. Más vale que lo penséis antes de hablar, porque no quiero mentiras.

—¿Dónde está mister Ore? —preguntó Melvyn.

—Soy yo quien hace las preguntas —respondió ella sin levantar la voz.

—Y él fue quien me dio el trabajo. Y quien me dijo que no me pondría gorilas a los talones. Por eso quiero preguntarle si ha sido él quien ha ordenado que me liquidaran.

—Está mintiendo —comenzó Mike—. Está mintiendo y lo voy a matar por eso.

—Ya lo has intentado dos veces en la misma noche y hasta ahora no has logrado conseguirlo.

Melvyn se había vuelto hacia él. Sus grandes y bien formadas manos se abrían y cerraban con fuerza. Andy Bell las miró un momento y luego alzó los ojos hasta encontrar los del hombre.

—Sal de aquí, Mike —dijo lentamente.

—Espera, yo...

—Sal de aquí.

El boxeador salió, balanceando el fornido cuerpo. Al abrir la puerta dirigió una mirada a ambos. Luego cerró.

Andy se puso en pie, con movimientos lentos y felinos. Su bien formado cuerpo, de amplias caderas y largos muslos parecía tenso como un muelle de acero.

—Te hemos soportado bastante más de lo que acostumbramos a hacer —dijo acercándose a Melvyn hasta casi tocarlo—. ¿Y sabes por qué, muchacho?

Melvyn la recorrió con la mirada, insolentemente.

—Supongamos que digo que sí. Sólo para seguir el juego.

—Y supongamos que yo le pidiera a míster Ore como un favor personal que te suprimiera.

—Y supongamos que yo le intereso a él más vivo que muerto. Eso también es una probabilidad que hay que tener en cuenta. Y por el momento parece la probabilidad más *probable*. «Necesita» encontrar a Jermyn.

Andy Bell lo cogió por las solapas. Las manos, bien formadas, eran fuertes. Acercó mucho su cara a la de él y hasta Melvyn llegó a oleadas el perfume que se desprendía de su cuerpo.

—No sé cuál será tu juego, muchacho —dijo ella pronunciando nítidamente las palabras—, pero sé que tienes uno. Jermyn ha muerto.

Melvyn se desasíó sin brusquedad. Pero no se alejó. Sujetó a la mujer con sus manos.

—Tú también tienes tu juego, ¿no es así? Me parece que cada uno va a lo suyo. No te he preguntado cuál es el tuyo.

—Jermyn —repitió ella— ha muerto.

—Y yo te digo que no. Pero no tengo por qué tratar de convencerte a ti.

—Vamos a ver si hay una manera de no enredarnos —repuso ella—. Vamos a ver si hay alguna forma de transacción.

Soltó sus muñecas. No se apartó mucho. Su cadera tocaba casi la de Melvyn. Sacó un cigarrillo y lo insertó en la boquilla.

Melvyn sacó el encendedor y lo prendió.

—¿Una transacción?

—Supongamos que la hubiera. Supongamos que tú me dices lo que

andas buscando y yo...

No terminó. Parecía esperar a que él hablara a su vez.

Melvyn no cayó en la trampa. Se limitaba a ventearla.

—Me paga Ore —dijo secamente—. ¿Me pagarías tú también?

Ella le lanzó el humo directamente a la cara.

—Podría hacerlo.

—¿Cuánto?

—Podrías mejor preguntar *en qué*. Una mujer como yo puede pagar de muchas maneras.

Melvyn alargó las manos, y la tomó por la parte alta de las caderas. La atrajo hacia sí.

Cuando la soltó dio un paso hacia atrás, esperando el próximo movimiento de ella.

Andy se limitó a decir, mientras lo contemplaba fijamente:

—No niego que es prometedor —respondió Melvyn— pero...

Los ojos de ella se oscurecieron.

—Pero ¿qué, bastardo? Muchos hombres darían cualquier cosa por eso que acabas de intentar.

—Seamos claros, nena, necesito el dinero que me paga Ore. Necesito ese dinero y mucho más. Y no soy de los que traicionan al que paga. No me gustaría encontrarme una noche con un cuchillo en el vientre, un bloque de cemento en los pies, y en el río.

Ella se volvió de espaldas. Por un instante, ninguno de ellos habló. Por fin, Andy dijo:

—Has pasado la prueba, muchacho.

Se volvió de nuevo a él.

—¿Qué te ha ocurrido con Mike?

Su cambio había sido tan brusco, que Melvyn se sorprendió. Comprendiendo que pisaba terreno resbaladizo, sacó un cigarrillo y tardó casi treinta segundos en encenderlo.

Luego dijo:

—Mike no está contento con mi presencia en el Capistrano y con que míster Ore me encargue algo. No está contento, eso es todo.

—Dijiste que te había querido matar anoche. Dos veces, dijiste, Melvyn.

—¿Lo dije?

La mano de ella temblaba ligeramente mientras sostenía la boquilla.

—Contesta. No quiero evasivas.

—Pues no lo recuerdo.

—Déjalo, Andy —dijo una voz detrás de Melvyn—. Ya está bien. La farsa ha durado bastante.

Melvyn se volvió bruscamente. En la puerta estaba Ore.

—No vuelva a hacer eso —dijo Melvyn.

—¿Por qué?

—Mire.

Ninguno de los otros vio el movimiento de la mano de Gallagher, pero la «22» estaba ya en ella.

—Y suelo disparar sin pensarlo —añadió—. En Vietnam se aprende a disparar primero y preguntar después. Y aquella gente es muy peligrosa. No da tiempo a volver sobre un error. Si no hubiera conocido el timbre de su voz, «ahora» estaría usted tendido en el suelo.

Míster Ore se aproximó a la mesa. Cuando estuvo detrás de ella levantó la mirada y los examinó a ambos.

—No has elegido el momento más oportuno para entrar —dijo la mujer—. En eso tiene razón nuestro joven guerrero. Y no lo digo por el peligro que hayas podido correr, sino por lo que no has podido oír.

—Creo que esta vez no te habrías salido con la tuya, querida —respondió el hombre. Luego se volvió a Gallagher. Por primera vez, éste se sorprendió. En aquellas pupilas había odio, un odio tan brutal, tan primitivo, que se convertía en materia física.

Y lo más curioso de todo es que aquel odio no iba dirigido a él. Al menos eso le pareció. No sabría explicarlo pero comprendió que él no era el objeto de aquel sentimiento.

—Maldita sea, Gallagher —dijo—. Tiene usted que encontrar a ese hombre. Le doy dos días de plazo.

Gallagher se acercó a la mesa y puso ambas manos sobre ella.

—Sí, míster Ore. Deme dos días. Pero también va a darme otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Lo que me prometió: libertad absoluta de movimientos.

—La tie... —Una mirada astuta apareció en sus ojos. Al cabo de una pausa, añadió—: Eso es cosa suya, Gallagher. Si cree que no la tiene... búsquela. Pero encuentre a ese hombre.

Durante un momento, ninguno de los tres habló. Gallagher se dirigió hacia la puerta.

—Lo haré, míster Ore.

Y salió. En la puerta estaba Jinny. Iba vestida de calle, no con el uniforme de trabajo.

—No pensaba entrar ahí, ¿verdad? —preguntó Gallagher sorprendido.

—No —respondió la joven—. Pero quería verlo a usted.

Por sobre el hombro de Jinny vio la maciza silueta de Mike que se acercaba.

—Aquí no, nena.

—Pero es que yo deseaba...

—Aquí no. Esta tarde, antes de entrar a su turno. Yo me las arreglaré para verla.

La joven lo miró directamente a los ojos. Luego, algo parecido al rubor ascendió a sus mejillas.

—Quítese ese carmín de los labios, míster. No va con el color de su traje. Además hay carmines que no dejan señales tan evidentes.

Dio media vuelta y caminó hasta la salida.

—¿Qué miras ahí? —preguntó Gallagher. Mike se había acercado con su silenciosa y característica manera de andar.

Mike no contestó. Se limitaba a mirarlo con aspecto peligroso.

—No contestes, si no sabes —dijo Gallagher.

—Una vez u otra, «te voy a matar».

—Te equivocas, muchacho. Te voy a matar yo a ti. Sólo esperaba una cosa, y esa cosa ya ha sucedido. Tengo vía libre. No volverás a verme tirado en el suelo, Mike. La próxima vez me verás en pie y con la pistola en la mano. Conviene que no lo olvides, aunque si lo olvidas, mejor para mí. Ya lo has oído.

Y se marchó. La mirada del boxeador lo siguió hasta perderlo de vista.

* * *

Detrás de la tapia de la fábrica abandonada, al otro lado del callejón había un vagabundo durmiendo. Pese al frío reinante, se había echado al suelo de cemento resquebrajado y con el sombrero sobre la cara, dormía.

Pero a las cinco en punto, como si un despertador invisible hubiera sonado al lado de su oído, abrió los ojos.

Del bolsillo derecho de la destrozada gabardina sacó un paquete de «Herbert Tareyton» y lo acercó a su oído.

Sus dedos encontraron el fino mecanismo que accionaba el hilo de cobre y éste se desplegó, quedando vibrante en el aire.

Escuchó durante unos momentos y luego volvió a guardar el paquete. Se acercó andando cansadamente hasta la puerta de la vasta sala en que se encontraba y golpeó levemente un trozo de pared.

Otro hombre vestido con iguales andrajos apareció silenciosamente. Cambiaron unas palabras y el segundo salió de nuevo. El que hablara por el transmisor volvió a su puesto.

Se tendió en el suelo y pareció sumergirse en el sueño.

Melvyn dejó el paquete de «Tareyton» en su sitio, pero procurando no tocar el envoltorio de cartón de los cigarrillos.

De uno de sus bolsillos sacó un encendedor de gran tamaño. En el lugar destinado a depósito de piedras había cierta cantidad de polvo grisáceo.

Hizo caer éste sobre el cartón y sopló con cuidado. Varias huellas digitales fragmentarias aparecieron en la superficie.

Oprimió el disparador del encendedor y éste se prendió. Después de apagarlo, lo guardó en el bolsillo.

Y por fin, después de cerrar tras de sí la puerta, salió al corredor. Sus cejas estaban fruncidas y una arruga extraña convertía su boca en algo desagradable de mirar.

Salió a la puerta del Capistrano. El portero negro le saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿No ha llegado Jinny aún? —preguntó.

El negro movió la cabeza. Melvyn se fijó en él y no era la primera vez que lo hacía. Era un hombre de color claro, con un ligero bigotillo y de hombros muy anchos. Parecía excepcionalmente fuerte.

Pero en ese momento Jinny pasó ante ellos, taconeando. Saludó con la cabeza al negro y pareció no ver a Melvyn. Dobló la esquina y se metió en el callejón donde estaba la puerta de servicio.

Melvyn la siguió y la alcanzó justo cuando ella intentaba cerrar la hoja tras de sí.

—¿No quería hablarme? —pregunto.

Ella lo examinó con desprecio. Melvyn se dio cuenta de lo joven que

era, pese a su desparpajo y su pretendida dureza. No, no estaba aún de vuelta de todo, aunque sí debía haber visto bastantes cosas.

—¿Yo? Ya pasó el tiempo.

—Vamos adentro. Aquí no podemos hablar.

Ella se metió en el cuartito donde se cambiaba de ropa, pero no cerró del todo la puerta. Se limitó a ocultarse tras de la tabla.

—No se mueva de donde está y avíseme si alguien viene —dijo.

—Me gustaría saber por qué hace todo esto —respondió él encendiendo un cigarrillo—. Pero debería cerrar la puerta.

—No podría hablarle si lo hiciera. Escuche, míster «Nuevo»...

—Mi nombre es Gallagher. Melvyn.

—Escuche, míster Gallagher. Usted... —La cara asomó tras de la puerta—, usted se portó muy bien anoche conmigo, pero no quiero que crea que puede dejarme billetes de cien dólares sobre la mesa, como si hubiera pagado algo que *no se ha llevado*. No le he dado motivo para que lo haga.

—No me ha dado ningún motivo, de acuerdo.

La cabeza volvió a asomar, como un muñeco del guignol.

—No sé lo que usted quiere, pero... no parece igual a los otros, a Mike, por ejemplo. Maldita sea ya sé que seguramente estaré equivocada, y que lo más probable es que sea igual de sucio que ellos, sólo que al pronto no lo demuestra, pero...

—Corte, nena. En este momento el sucio Mike llega hacia acá. —Melvyn no había alzado la voz—. Escuche bien lo que le voy a decir: no se vaya sola esta noche a casa. No estoy hablando en broma. ¿No tiene alguien que...?

La joven salió a la puerta del cuartito. Se había cambiado ya de ropa y llevaba las mallas y la faldita corta almidonada y negra.

Melvyn la miró.

—Probablemente seré tan sucio como los otros, nena, pero está usted de muerte. No hable ahora.

Mike se había detenido junto a ellos. No habló. Fue Melvyn el que lo hizo primero.

—Esta noche te voy a necesitar, Mike. A las once.

Los ojillos del boxeador lo examinaron.

—Te voy a enviar al infierno, maldito bastar...

Melvyn se echó a reír. Jinny, ligeramente pálida, se había puesto a arreglar las perchas del guardarropa. Luego, Gallagher se volvió y

se dirigió al salón. Jinny no pudo contener un estremecimiento al ver la cara de Mike.

Mike se dio cuenta.

Se volvió hacia ella y dijo masticando las palabras:

—Una sola palabra, paloma, y vas a Los Altos derechita. No lo olvides. Una sola palabra y vas a Los Altos.

Jinny sabía que Los Altos era el cementerio municipal. Jinny cerró la boca. Pensó en su padre, cumpliendo condena y se dedicó de nuevo a las perchas.

Un momento después entró Andy Bell. Tenía la costumbre de hacerlo por la entrada de servicio. Jinny se volvió hacia ella cuando vio que se había parado ante el guardarropa.

Los ojos de la mujer brillaban. Jinny comprendió que se avecinaba una tormenta.

—Ven, nena —dijo la cantante.

Jinny no se movió de su sitio.

—Ven aquí —repitió la otra levantando el tono ligeramente.

«Si quieres un escándalo te vas a quedar con las ganas», pensó la joven.

Necesitaba los cien dólares semanales. Los necesitaba más que ninguna otra cosa. No estaba dispuesta a perderlos.

—No has hecho caso de lo que te dije, Jinny, y no tengo la costumbre de repetir las cosas. No dos veces la misma cosa, ¿entiendes?

—No sé a lo que se refiere, *miss* Bell —respondió Jinny. Estaba tratando de contener la rabia por todos los medios a su alcance.

—Lo sabes muy bien, golfita —fue la respuesta—. Te dije que no te acercases a ninguno de los muchachos de míster Ore.

—Fueron ellos los que... —comenzó Jinny. Se detuvo, comprendiendo la inutilidad de sus palabras.

Porque Andy «no quería» explicaciones. Quería simplemente acusarla. Acusarla hasta que estallase. Comprendió que en este momento, para la cantante ella se había convertido en una rival.

—Lo siento —terminó.

Los ojos de Andy la examinaron con desapasionada frialdad. La figura de Jinny era demasiado perfecta para ser subestimada y Andy no era tonta. No la subestimó.

—Muchacha, ¿has pensado alguna vez en que podrías sacar partido

de ese tipo?

—No —fue la cortante respuesta.

Andy hizo un gesto.

—Conozco algunos empresarios que podrían contratarte. Tal vez con unas lecciones de baile... No me digas que no sabes bailar «algo».

—Míster Ore la está esperando, *miss* Bell —dijo una voz tras de ella.

La mujer del cabello platinado dio un ligero respingo. No había oído acercarse a Melvyn.

Los labios del hombre no sonreían, pero había unas arruguillas de burla en sus comisuras y en torno a sus ojos.

Andy dio media vuelta y se alejó, taconeando fuertemente. Melvyn se volvió hacia la muchacha.

—No se vaya esta noche sola a casa —dijo en voz baja—. ¿No podría acompañarla alguien?

Ella respondió furiosamente:

—¿Quién? ¿Dígame quién, por ejemplo? Dígame de alguien que lo quisiera hacer sin intentar cobrar en la primera esquina oscura.

Melvyn la contemplaba detenidamente. Fue ella la que primero bajó la mirada.

—Tenga —dijo llevándose la mano a un disimulado bolsillo en la corta falda—. No quiero sus cien dólares. Aún conservo mi trabajo.

—Pues conserve eso también.

—Si cree que tiene que pagar por aquella poca agua caliente...

Se interrumpió y continuó al cabo de un momento, como si estuviera tomando aliento:

—Ya que tanto interés tiene, ¿por qué no me acompaña usted mismo? No diré que no resulte peligrosa su compañía, pero al menos no es «ésa» clase de peligro.

Se calló. Sentía arderle las mejillas. La mirada de él la retuvo en su sitio.

—No puedo hacerlo —fue la respuesta—. Y lo siento, pero esta noche me es absolutamente imposible.

—No crea que lo decía en serio —dijo ella débilmente.

—Sí, lo decía en serio y tenía razón, y me alegro de ello, pero me es imposible. Esta noche tengo que matar a un hombre.

—Oh...

Melvyn sonrió.

De todas formas procuraré que no le pase nada... a usted.

—¿Quiere callarse? ¿Qué quiere decir con eso de que tiene que...?

¡Oh, bueno, supongo que será una de sus estúpidas bromas!

El recuerdo de los sucesos de la noche anterior fue restando firmeza a su tono. Cuando acabó su voz era ya tan débil que apenas se oía.

—No salga hasta las dos en punto —dijo Melvyn mirando por encima de su hombro—. Y cuando lo haga, no se preocupe si nota que alguien la sigue. ¿Me ha entendido?

—No —respondió ella con entera sinceridad.

—Que no haga caso si ve que un hombre echa a andar detrás de usted. No la molestará para nada.

Y se alejó sin añadir nada más. La joven, con la cabeza zumbando como si se le hubiesen metido dentro de ella un puñado de avispas, se dejó caer en el cajón que le servía de asiento. Iban a llegar los primeros clientes.

CAPÍTULO VI

Míster Ore aplaudió discretamente una vez que Andy Bell hubo terminado y volvió los ojos sonrientes hacia el hombre que ocupaba la mesa.

Era gordo, con una cabeza grande y fuerte, muy calva. Pero todo el pelo que le faltaba en la parte superior de la cabeza, parecía haberse escurrido hacia las cejas, que eran peludas, agresivas y negras.

—¿Qué le ha parecido, senador? —preguntó Ore.

—Espléndido... Espléndido —respondió el senador pasándose la lengua por los labios.

Su acompañante, una muchacha mucho más joven que él, miraba aburridamente alrededor. Era evidente que sólo había sido llevada allí como una especie de justificante.

—Desearía hablar unas palabras con usted, senador —dijo Ore—. Cuando haya terminado de cenar, por supuesto.

—Ahora mismo —respondió el político poniéndose en pie. Ni su chaleco blanco de piqué lograba ennoblecer su gruesa panza—. Tú, bombón, espérame aquí.

—Claro —dijo ella con el mismo tono de aburrimiento con que escuchara los elogios de Ore al entrar.

Y ambos se dirigieron al despacho de Ore, sorteando las mesas. Cuando llegaron, Mel miró un momento por el cristal-espejo, mientras el senador se acomodaba en el sillón y encendía un grueso puro.

—¿Qué ocurre? —preguntó después de darle dos chupadas y cerciorarse de que ya tiraba bien.

—Necesito que presente usted el proyecto mañana mismo —dijo Ore, dirigiéndose a su mesa, como si fuera a tomar asiento.

Pero quedó en pie, moviendo las manos nerviosamente.

El senador Hall se dio cuenta. Bajo las hirsutas cejas, dos ojillos negros y penetrantes examinaban los menores movimientos del dueño del Capistrano.

—Tranquilícese, Mel —dijo—. ¿A qué tanta prisa? Ya sabe que no

me gusta trabajar así. Lo sabe ya, Mel.

Ore encendió un cigarrillo y lo colocó sobre la boquilla. Su frente se había humedecido.

—Necesito que presente usted ese proyecto. Necesito que esté aprobado antes de diez días.

—¿Por qué?

En la voz del senador había desaparecido el tono amistoso.

La puerta se abrió antes de que Ore pudiera contestar, y Andy entró. Cerró tras de sí y apoyó la espalda contra la puerta, escuchando.

—Jermyn puede estar vivo —dijo Ore.

La ceniza del cigarro del senador cayó sobre la alfombra blandamente.

—Tonterías, Mel, no se deje llevar por los nervios.

—Le digo que puede estar vivo. La historia que ese hombre contó, «puede» ser cierta.

Las cejas del senador se fruncieron. Aquel gesto le daba un aspecto cruel, un tanto demoníaco, pensó Andy.

—¿Qué dice usted a eso, Andy?

—Oh, a mí no me metan en eso —fue la respuesta de la mujer—. No me metan... «ahora». Nadie me consultó antes.

—Vete —dijo Ore—. Vete Andy.

—No, no, por el contrario, que se quede —dijo el senador—. Vamos a ver si enfocamos correctamente el asunto. Mel. Ahora me sale con que la historia de ese vagabundo «pudiera» ser cierta. ¿Cómo sé entonces que la historia que usted me contó no era una falsedad? ¿Cómo lo sé? ¿Cómo puedo saberlo? No, Andy, quédese donde está. Vamos, Mel, responda a eso.

—No me hable en ese tono, Hall —respondió Ore.

Se había puesto pálido. Sus ojos brillaban peligrosamente.

—Le hablaré en el tono que me parezca. Quiero saber por qué la historia de ese vagabundo puede ser cierta. Usted me dijo que Jermyn había muerto. Me lo aseguró, Mel, recuérdelo. Me lo aseguró. ¿Por qué piensa ahora que pudiera no haber muerto? Vamos, responda.

Hizo una pausa.

—Estoy esperando, Mel.

—Yo vi su cadáver y su placa de identidad. Eso haría que cualquier

hombre estuviera seguro. ¿Acaso no lo estaría usted?

—No estamos hablando, de mí ahora. Estamos hablando de usted y... de Jermyn. Usted vio su cadáver y su placa, ¿no? Pues entonces, ese vagabundo miente.

—Contó una historia que muy bien pudiera ser verdad —dijo Ore—. Puede, Hall, puede ser verdad. No podemos cerrar los ojos a la posibilidad. Fíjese bien que no digo que lo sea, sino que pudiera ser verdad. Hay una diferencia.

—Tengo los ojos siempre bien abiertos. Pues bien, si esa historia puede ser verdad, como dice, peine la ciudad. Descubra a Jermyn antes de que vaya a la policía con el cuento. Descúbralo, Ore, o lo hundiré como hundo... esto.

Y de un puñetazo aplastó una figurilla de mayólica española que había sobre la mesa. Andy examinó curiosamente su mano crispada pero nada dijo:

—¿Qué cree usted que estoy haciendo? —preguntó Ore con voz rasposa—. Y vuelva a hacer una cosa de ésas y...

—¿Y? —preguntó el político con extraña suavidad en su tono—. ¿Va a empezar a amenazarme ahora?

Luego, bruscamente su tono cambió. Casi se hizo afable.

—Vamos. Vamos, Mel, no empecemos ahora como los perros y los gatos. Procuraremos como siempre, sacar el mejor partido de las cosas.

Hizo un gesto en el aire.

—Sin ponernos nerviosos, por supuesto, sin ponernos nerviosos. Ya sabe mi lema.

Agitó el puro en el aire, como barriendo algo:

—Mi lema es «nunca ocurre nada». Y si ocurre, no es nada que no pueda ser solucionado. Vamos, vamos, Mel. Peine bien la ciudad y sobre todo, asegúrese de que ese vagabundo no se va de la lengua. Que no pueda irse de la lengua... después.

—Pero ese proyecto, usted debiera...

—Cuando yo me levante en el Municipio para hablar de un proyecto que permita el juego en esta ciudad, quiero hacerlo teniendo la seguridad de que al sentarme no me voy a encontrar una serpiente «mocassin» bajo el trasero. ¿Lo oye? Quiero tener la completa seguridad de que nadie se va a levantar a su vez diciendo que el «juego controlado» oculta garitos incontrolables. ¿Lo oye?

Quiero tener esa seguridad. La seguridad que nos quitó Jermyn cuando se alistó en el ejército, hace cinco años.

Ore encendió un nuevo cigarrillo.

Parecía haberse serenado un tanto.

—Presente ese proyecto de ley, Hall, y nadie se levantará para acusarlo de corrompido.

—Cuidado con las palabras que usa, Mel.

Los dos hombres se midieron con la mirada.

Andy dejó escapar una risita. El senador se volvió hacia ella y recorrió con la mirada las hermosas curvas de la mujer. Una gruesa vena comenzó a batir en su sien.

—¿De qué se ríe, Andy? Dígalo, vamos que a mí me gusta un chiste como al que más. Disfruto con un chiste... siempre que sea bueno.

—De que están ustedes embarcados en la misma barca y que cualquier tonto sabe que en un caso así, el que haga un agujero en el suelo está trabajando contra sí mismo.

El senador dijo:

—Muy justa comparación, hermosa. Muy justa. Y más justa si le añadimos una coletilla que diga: «Y yo también, Andrea Bell, nacida Janet Burke, estoy metida en la barca». No lo olvide, hermosa. No conviene que olvide que usted también debe remar.

Ore intervino:

—Vuelva con su corista, Hall, y acuérdesse del proyecto.

Apagó su cigarrillo en el cenicero.

—Creo que podré salir de esto. Sólo quería advertirle por si algo no fuese del todo bien. Eso es todo.

—Bien, bien, Mel. Yo...

Miró su reloj de oro.

—Mañana, no, imposible, pero pasado mañana pulsaré a alguno de los concejales. Creo que para la reunión de la semana que viene podré tener a punto el asunto.

Antes no.

Los miró con atención bajo las pobladas cejas.

—Antes no, repito. No quiero exponerme. Cuando un proyecto municipal es rechazado, cuesta mucho trabajo volver a ponerlo en pie. Eso lo sabe usted perfectamente, Mel. No lo olvide.

Se puso en pie.

—Y ahora recuerde usted también esto: deshágase de ese

vagabundo cuanto antes... Antes incluso de que haya encontrado a Jermyn.

Estaba ya casi en la puerta.

—Por cierto, ¿ha investigado alguien quién es en realidad ese tipo? Jermyn murió, según usted. ¿Quién podría tener interés en resucitarlo? Si es que murió, naturalmente, y al parecer eso es de lo que no está usted seguro.

Salió de la habitación, después de echar una ojeada por la ventana-espejo.

Ore se volvió hacia Andy.

—¿Dónde está Mike? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Al parecer, tu Mike no tiene tanta confianza en los métodos de ese vagabundo, como lo ha llamado el senador.

Dio una chupada al cigarrillo.

—Por cierto, ¿te has fijado en que tiene una boca muy bonita? Me refiero a Gallagher, no a Mike ni a ese cerdo de Hall.

Ore se examinó pensativamente las manos.

—Mike ha encontrado un hueso duro de roer, eso es lo que estás pensando, ¿verdad?

—Eso mismo.

—Y puede que incluso no logre roerlo.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Ambos se miraron a los ojos directamente, y ninguno de ellos apartó la mirada.

—¿Quién acabará entonces, con Gallagher, cuando éste haya acabado con Mike?

Nueva mirada.

—El Musgaño —dijo ella por fin.

Sonreía cruelmente.

—El Musgaño —repitió Ore como si paladeara la palabra.

—Si es necesario, claro. ¿Sabes que hombres como Gallagher son siempre necesarios?

Ore la observó.

—Andy —dijo por fin—, cuidado con tus caprichos.

Los ojos de ella brillaban.

—Y tú, Mel, cuidado con...

Luego se echó a reír.

—No empecemos —dijo abriendo la puerta con cuidado—. Parece como si algún duende se hubiese empeñado en incordiarnos. Primero Hall y tú, luego tú y yo...

—Ese duende, no lo olvides —dijo Ore— podría llamarse Gallagher.

—Pudiera llamarse así —respondió ella saliendo definitivamente.

CAPÍTULO VII

Melvyn Gallagher se apeó del coche casi en la esquina de la calle donde estaba el bar de Mungo-Bungo.

Sin necesidad de volverse, sabía que un coche negro le había seguido durante todo el trayecto.

Lo que no sabía era quién estaría al volante del coche negro y quién detrás de las cortinas que velaban las ventanillas posteriores.

Y aquello tenía una gran importancia para él.

Dobló la esquina y se metió en el bar.

Detrás del mostrador estaba la mole imponente de Mungo-Bungo, el hombre más grueso del centro oeste. Pasaba de las trescientas cincuenta libras y sus ojillos se perdían en innumerables pliegues de grasa.

Daba la impresión de un enorme Buda durmiendo.

Pero no estaba dormido.

Levantó un brazo parecido al muslo de un ternero y saludó ligeramente a Melvyn. Éste le devolvió el saludo desde la puerta y luego se acercó al mostrador.

—¿No ha venido? —preguntó.

Un hombrecillo de cara afilada entró silenciosamente y se acodó en el mostrador. Un camarero se acercó a él y le preguntó qué iba a beber, mientras secaba distraídamente el mostrador ante él.

El hombrecillo pidió un «rue» y pareció abstraerse en la contemplación del vaso cuando se lo sirvieron.

Melvyn le echó una sola ajeada y se volvió de nuevo a Mungo-Bungo.

—Vino; ¿no? —repitió.

—Vino, sí, pero se volvió a marchar.

Una pupila de desvaído azul apareció por entre los pliegues de grasa.

Melvyn hizo un gesto.

—¿Volverá?

—No pregunto nunca. Jamás hago preguntas a nadie.

—No me refiero a si le preguntó usted. Pregunto si él dijo si

volvería o no.

—Puede que sí, puede que no.

—¿Puedo esperarlo dentro?

—Por supuesto que puede esperar dentro.

El interior constaba de varios reservados, separados por paredes de paja prensada. Allí se podía hablar sin que los de los otros reservados escuchasen.

Melvyn se sentó en el segundo y el camarero le puso delante un *whisky*, aunque no lo tocó hasta pasados casi cinco minutos. Entonces lo bebió de un trago.

Mungo-Bungo se había movido lentamente a lo largo del mostrador hasta colocarse frente al hombrecillo que entrara detrás de Melvyn.

—Forastero, ¿verdad?

—Usted nunca hace preguntas. Lo acaba de decir —respondió el otro con voz chirriante.

—Cierto —asintió Mungo-Bungo—. Es que, simplemente, su cara me resulta conocida.

No hubo respuesta.

El hombrecillo, de vez en cuando, dirigía una furtiva mirada a la puerta que daba al interior.

Mungo-Bungo dijo unas palabras en voz baja a su camarero y éste se acercó a servir una mesa donde obreros portuarios discutían con seriedad de beodos.

Volvió y replicó a su patrón en el mismo tono. Para aquel entonces ya era fácil observar que el hombrecillo se iba poniendo nervioso. Había bebido otro *whisky* doble con demasiada rapidez.

Por fin pareció no poder dominarse. Se bajó del taburete y se dirigió hacia la puerta del fondo.

—¿Se va a sentar ahí dentro, míster? —preguntó el camarero.

—Voy a sí..., voy a sentarme ahí dentro.

Melvyn le vio pasar junto a él, precedido del camarero, y cómo se sentaba en uno de los reservados.

Cuando el mozo volvió al mostrador, Melvyn vio cómo la cara del otro asomaba por detrás del biombo. Y el objeto de su vigilancia era él. Melvyn Gallagher.

Éste sonrió.

—Venga donde estoy yo y le resultará más cómodo —dijo.

El otro refunfuñó algo y su cabeza desapareció.

Melvyn se puso en pie lentamente y se dirigió a donde estaba el hombre.

Se paró ante él y se le quedó mirando especulativamente.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombrecillo.

Melvyn apenas le dejó acabar.

Con el revés de la mano le dio un golpe en la boca. Fue un golpe muy doloroso.

El hombre cayó hacia atrás. Cuando se incorporó había en sus ojos una mirada asesina.

Se llevó la mano al interior de la chaqueta, mientras intentaba ponerse en pie, pero Melvyn fue infinitamente más rápido.

Le golpeó de nuevo, esta vez con el canto de la mano sobre los músculos del brazo.

El otro, lanzando un gemido ahogado, desistió de buscar en el bolsillo. El brazo parecía haberle quedado inútil.

Melvyn lo levantó, cogido por las solapas y lo desarmó. Llevaba una «F. N.» de calibre 38.

Tiró la pistola a un rincón y el arma produjo un ruido seco. Volvió la cabeza y aquello estuvo a punto de perderlo.

El hombre no iba armado solamente con la pistola.

De alguna funda escondida en el forro de la chaqueta, sacó una navaja de muelles y hasta Melvyn llegó el chasquido de la lengua de acero al salir.

Fue ese ruido lo que le salvo, probablemente.

Pudo esquivar la puñalada, dirigida al bajo vientre, por un verdadero milagro. No obstante, el filo le rasgó la ropa.

Le dio un puñetazo con todas sus fuerzas y la cabeza del hombre fue a chocar contra el tabique de paja prensada. Éste se vino abajo con estrépito y el camarero apareció en la puerta.

—¿Qué se han creído...? —comenzó.

Y cerró la boca. De entre los labios del hombrecillo manaba un delgado hilo de sangre y se había quedado muy quieto en el suelo.

—Este hombre...

Melvyn dijo tranquilamente:

—Ese hombre ha muerto.

Miró al camarero fijamente, heladamente.

—Y si por usted fuera, ahora sería yo el muerto.

El camarero retrocedió dos nasos.

—Yo...

Melvyn dio un paso hacia él.

—Espere, yo... había un coche en la puerta y el patrón me dijo que viniera a avisarle.

—Ya has hablado bastante, muchacho —dijo una voz.

En la puerta estaba Mike y llevaba una pistola en la mano. Detrás de él se veía la gigantesca figura de Mungo-Bungo.

Melvyn se quedó mirando al ex boxeador.

—¿Cuánto le diste a este tipejo para que acabara conmigo? —preguntó.

El gorila dijo, sin alterar el tono de voz.

—No malgastes tus fuerzas, muchacho, y sal de ahí. Vamos, muchacho, vas a venir conmigo.

Mungo-Bungo dio un paso hacia adelante:

—No quiero líos en mi casa, caballeros. Hay un policía en la próxima manzana y acudirá al menor intento de pelea. Mi camarero ha ido a buscarlo.

Mike dijo con la misma suavidad:

—Si no habrá jaleo. ¿No es verdad que no lo habrá, bastardo? EL caballero viene conmigo sin hacer ningún escándalo. Vamos, muchacho, no nos hagas esperar.

Melvyn sonrió.

Mike no perdía de vista ninguno de sus movimientos y Gallagher sabía que después de haber visto su puntería, dispararía a la primera ocasión.

Probablemente, sólo la presencia de Mungo-Bungo le había impedido matarlo ya.

Dijo:

—Vamos, pues, bastardo.

Y echó a andar hacia él.

Mike se apartó y le dejó pasar, tapando con su propio cuerpo la pistola, lo siguió.

Mungo-Bungo dirigió una interrogativa mirada a Gallagher cuando éste pasó por su lado. Melvyn le hizo una imperceptible señal negativa y salió.

En la puerta estaba el automóvil negro.

—Entra, cerdo.

Y Melvyn penetró en el coche. Éste arrancó casi al instante.

Mungo-Bungo se movió, probablemente con la mayor velocidad que desarrollara en toda su vida.

Se dirigió al interior y miró el cuerpo del hombrecillo. Luego, se volvió a su camarero.

—Ve a avisar a quien sabes. Y echa el cierre ya. Saca afuera a esos borrachos y echa el cierre, si no quieres que alguien te ponga la cruz al cuello. Y date prisa.

* * *

Dentro del coche sólo estaba Mike y el chófer, al cual Melvyn no podía ver la cara por el espejo retrovisor. Llevaba el sombrero calado y el cuello del gabán subido.

Mike se volvió hacia él.

—Bien, por fin te tengo como yo quería, maldito hijo de perra.

—¿Lo sabe míster Ore? —preguntó Melvyn en tono casual.

Mike lo miró.

El coche rodaba a velocidad moderada, en dirección a los muelles fluviales.

—¿Eso te importa?

Su voz había dejado de ser suave. Raspaba.

—¿Para qué te puede importar eso si te voy a matar dentro de diez minutos?

—Mike, siempre pensé que eras un estúpido con músculos, pero sin seso. Ahora es cuando veo de verdad que no me había equivocado. No tienes más que músculo, aunque eso debo reconocerlo también, no tantos como crees.

A la escasa luz del interior del vehículo pudo ver de nuevo aquel proceso de lenta masticación que hacía moverse las orejas de Mike cuando éste se enfurecía.

—Antes de matarte te voy a romper todos los hue...

—Un estúpido, Mike. Podías haber cogido el cuerpo de Musgaño Joe y haberlo tirado conmigo al agua. Parecería que nos habíamos despenado mutuamente.

—¿Cómo sabes que...?

Melvyn se echó a reír. El chófer habló por vez primera.

—Esto no me gusta, Mike. ¿Cómo sabía este tipo que era Musgaño Joe? ¿Quién se lo ha dicho?

Mike golpeó repentinamente el estómago de Melvyn con su codo. Melvyn Gallagher sintió un violento dolor y se quedó casi sin respiración. El golpe le había cogido desprevenido.

—Habla —dijo Mike por entre los apretados dientes—. ¿Qué sabes tú de Musgaño Joe?

—¿No te acuerdas que vengo de San Luis? —preguntó Melvyn tratando de que no se reflejase en su voz las atroces náuseas que lo atacaban—. ¿Quién en San Luis no ha visto alguna vez la cara de Musgaño? Yo la he visto allí muchas veces.

—Pues él no te... —comenzó Mike.

—No. El no me conocía a mí —dijo Melvyn acabando el pensamiento del otro—. No, porque yo no trabajé jamás allí. Pero conocía a Musgaño y conozco a sus tres hermanos y sé lo que harán cuando sepan que Joe ha muerto.

—Tú lo mataste —dijo Mike.

En sus ojos había aparecido una astuta mirada.

—Pero ellos no lo sabrán, porque para entonces tú me habrás despachado a mí. Y... ¿te creerán cuando les digas que fui yo quien lo mató? ¿Te creerán?

—Ese pollo tiene razón —dijo el conductor—. Te advierto, Mike, que no quiero nada con los hermanos de Musgaño. Los conocí en San Luis. Hicimos un par de trabajos juntos y son los tipos más...

—Cállate, imbécil.

Mike se volvió hacia Melvyn. La pistola apuntaba directamente al pecho de éste.

—Ve rezando, bastardo. Ve rezando si es que sabes porque te voy a...

Y Melvyn comprendió que decía la verdad. Y vio que el dedo que rodeaba el gatillo comenzaba a presionar sobre éste.

CAPÍTULO VIII

Jinny miró hacia atrás. En efecto, había un hombre tras de ella. El corazón comenzó a latirle violentamente dentro del pecho.

El hombre se detuvo al hacerlo ella. Las palabras de Gallagher vinieron a su memoria por enésima vez. «No le preocupe que alguien vaya detrás de usted. No le ocurrirá nada».

—Y Dios quiera que sea así —dijo en voz baja.

En ese momento decidió que abandonaría el Capistrano, le costase lo que le costase. Ya encontraría otro empleo. Y si no lo conseguía... Bien, siempre estaba momentáneamente el Ejército de Salvación. Pero no estaba dispuesta a sentir un poco de terror cada noche, ni a enseñar las piernas a los borrachos. Se despediría al día siguiente. Estaba decidido.

—No siga por ese camino, señorita —dijo una voz.

El hombre la había alcanzado.

«No le hará daño, no se preocupe, no le hará daño, no se preocupe...».

Sintió un pánico atroz y el acuciante deseo de echar a correr.

—¿Qué... qué quiere?

—Puede llegar a su casa yendo hacia el muelle Q y torciendo hacia la calle Timbull.

—Pero eso me alarga el camino en... Y además, usted ¿quién es...?

—Haga lo que le estoy diciendo, señorita. O mejor tome un taxi y vaya directamente a casa. Pero a pie, por aquí, no.

La voz del hombre era autoritaria. No podía ver los rasgos de su cara, tapada a medias por el sombrero y el ala de éste. Pero su voz era una de esas que hay que obedecer.

—Bueno, si esto no es como para volverse loca... —comentó desesperadamente, porque era muy joven y se sentía cogida en una tela de araña.

El hombre la tomó del brazo.

—No me haga perder el tiempo, señorita. Allí, al otro lado de Kosciusko hay un taxi. Tómelo y vaya a su casa. No se detenga al entrar.

Y Jinny obedeció. El hombre desapareció de nuevo en la sombra.

* * *

Melvyn Gallagher metió el codo en el epigastrio de Mike y éste expelió el aire con un ronquido. Al mismo tiempo la mano derecha de Melvyn voló a la muñeca del pistolero y la sujetó a una presa de acero contra la propia espalda del hombre.

—¡Para! —dijo Mike al conductor, entre estertores, porque el golpe había sido de una efectividad paralizadora—. ¡Para!

El chófer frenó en seco y Melvyn y Mike salieron despedidos hacia adelante. La cabeza de Melvyn golpeó contra el asiento anterior, pero ya estaba preparado para ello. Se dejó caer al suelo sin perder un solo segundo y el corpachón de Mike resbaló a su lado.

El conductor metía ya la mano en la funda sobaquera cuando Melvyn, dando un violento tirón a la mano de Mike, que no había soltado, le arrancó al boxeador la pistola.

Disparó sobre Mike, sin levantarse. El otro lanzó un quejido ahogado y dio contra la portezuela. El chófer, a su vez, para disparar, tenía que incorporarse, ya que no veía a Gallagher por el espejo retrovisor.

Comenzó a erguirse para dominar a su enemigo en altura, y Melvyn disparó sobre él. El conductor dio media vuelta y cayó sobre el volante.

Gallagher se incorporó, respirando pesadamente. No había terminado de hacerlo cuando sintió que algo se aferraba a su pierna y tiraba de él con fuerza. Mike no había muerto. Estaba solamente herido.

Le dio una patada y de nuevo el corpachón chocó contra la portezuela. Gallagher se apeó rápidamente y abrió desde fuera, después de dar la vuelta al coche.

Mike estaba herido en un hombro, pero el chófer había muerto.

—Estate quieto, muchacho o acabarás exactamente lo mismo que ése —dijo Gallagher a Mike, que se sujetaba la herida con una mano.

Empujó el cuerpo del muerto, y se sentó al volante. Sólo entonces comprendió que estaba cometiendo una tontería. No había registrado a Mike.

A su espalda sonó una apagada detonación y sólo el brusco movimiento que hizo y merced al cual se ensartó en el árbol del volante, le libró de la muerte.

Por segunda vez en aquel mismo día, dos hombres heridos habían intentado acabar con él.

El cristal del parabrisas se astilló al impacto de la bala. Gallagher se volvió y vio la cara crispada de Mike, que intentaba levantar de nuevo el revólver.

«Tu vida o la mía», pensó. Y disparó.

Se apeó del coche, después de dejar éste pegado al borde de la acera, y secándose el sudor de la frente, miró a su alrededor. Estaba muy cerca del puerto, casi junto a los almacenes abandonados de la Cooperativa Frutera. Se orientó y caminó hacia el río. Junto a éste, a aquellas horas, no era fácil que encontrase a nadie.

Cuando llegó a los muelles, en los que sólo se oían los lejanos graznidos de las sirenas de las gabarras, torció hacia Timbull, cerca del barrio negro.

Encontró el portal enseguida. Un poco más allá, en la esquina, el guardia irlandés paseaba, golpeaba ligeramente con la porra los cierres de los comercios. Pasó cerca de Melvyn sin verlo, y Gallagher ascendió la escalera silenciosamente, hasta llegar al corredor. Una vez en él alcanzó fácilmente, pese a la oscuridad, la puerta de la derecha.

Esperó, casi durante una hora. Por fin oyó el ruido de un taxi al detenerse en la puerta y un momento después el taconeo de la muchacha en el corredor.

—No grite —dijo en un susurro—. Soy Gallagher.

—No gritaré, por muchas cosas que pasen esta noche —respondió ella.

—Pase, no se quede ahí. Un día o dos no hacen ninguna diferencia.

Entraron y encendió la luz. Miró al hombre y vio el estado de las ropas de éste.

—No se puede decir que hurte usted el cuerpo a los líos —dijo en voz baja. Había una gran expresión de cansancio alrededor de sus lindos ojos—. ¿Qué quiere que haga con usted? Yo ya no puedo más.

Gallagher sonrió y ella se sintió ligeramente mejor. La cara del hombre cobraba un extraño atractivo cuando sonreía.

—No quiero que haga nada conmigo, sino por mí —respondió—. ¿Lo hará?

—He decidido dejar el Capistrano. No creo que vaya a tener muchas ocasiones de ayudarle en lo que... en lo que quiera que sea que usted y esa pandilla se traigan entre manos.

—No deje el Capistrano. Es lo primero que le quería pedir.

Ella estalló.

—Escuche, metomentodo... —comenzó a gritar.

Gallagher sonrió de nuevo y le indicó la puerta. Se acercó a ella de puntillas y la abrió de pronto. La faz de la señora Mac Coy apareció muy cerca de la cerradura.

La mujer se irguió, tratando de envolverse al mismo tiempo en su bata y en su dignidad.

—Oí ruido y...

—No era nada, señora Mac Coy —dijo Melvyn metiendo la mano en el bolsillo—. *Miss...* —Y entonces recordó que no sabía el apellido de la muchacha siquiera—. Jinny y yo no queríamos despertarla a usted.

Y le puso algo en la mano. La mujer con los ojos brillantes, engarfió dos billetes.

—Pero para Dios nada está oculto —dijo enigmáticamente. Y huyó por el corredor.

—Ya lo ha oído —dijo Jinny—. ¿Qué se puede hacer? ¿Por qué no quiere usted que deje aquella guarida? Y..., ¿no podría explicarme qué demonios se trae usted entre manos? Aparte, naturalmente, de besar a Andy Bell.

—Dejarme besar por ella —rectificó Gallagher sin dejar de sonreír. Luego se puso serio—. No puedo darle ninguna explicación aún, Jinny. Tendrá que confiar en mí.

—Eso tiene música. «Confía en mí, nena, tra-lá-lá». Y luego resulta que...

Se interrumpió bruscamente y miró directamente a los ojos del hombre.

—¿Confiará en mí, Jinny?

—Y cualquier noche de éstas, me encontrarán arrastrándome por las baldosas de la calle y pidiendo socorro, con un par de plomos en la espalda.

—Cállese y déjeme pensar un momento.

—Piense, piense. Lo único que siento es no poder traerle a Andy Bell para que le ayude. Además, no hay prisa, hombre. No son más que las dos y media. Una hora muy apropiada para que un caballero se ponga a pensar en el cuarto de una muchacha que hasta ahora no sabía nada de la vida. ¿Eh?

—Cállese.

Y ella se calló. Durante unos minutos reinó el silencio en el cuarto. Por fin, él dijo:

—Lo primero que va a hacer es mudarse de habitación.

—Para marcharme al Hilton, seguro. Escuche, míster Gallagher.

—Llámeme Melvyn.

—Importa poco como le llame, aun cuando va a ser algo que no le gustará si sigue diciendo tonterías. Métase esto en la cabeza: Soy una chica que sólo desea trabajar. ¡Quiero que me dejen trabajar porque lo necesito! ¿Es que no puede metérselo en esa cabezota pelirroja?

Cogidas las manos en las caderas, el pelo revuelto estaba muy bonita. Gallagher la miraba entornando los párpados.

—Y usted y todos los demás de esa pandilla de degenerados se han empeñado en machacarme el único empleo que tengo. Bien sabe Dios que no es ninguna sinecura, pero ¡lo necesito! Tengo un padre en la...

Calló, bruscamente.

—En la caponera, ¿verdad? —preguntó Melvyn suavemente.

Ella apretó los labios. Sus ojos brillaban intensamente. Una pesada lágrima se desprendió de sus párpados.

—Ahora ya lo sabe. Sí. Y sabe también que tengo que enseñarles las piernas a esa pandilla de borrachos. ¡Lo sabe! ¡Y usted me ha hecho perder...!

Melvyn le cruzó la cara sin demasiada fuerza. El ataque de histeria murió al empezar, cortado en seco.

—Cálmese. Cálmese y escuche, pero recuerde que no tiene que hacer pregunta alguna.

Ella asintió con la cabeza. Parecía haber perdido casi toda su fuerza.

—Lo siento. No soy una niña tonta, pero es que...

Melvyn le pasó el brazo por los hombros.

—Lo sé. Escúcheme ahora.

Y durante casi diez minutos estuvo hablando. Ella tenía los ojos

muy abiertos al final.

—Haré lo que quiera, míster...

—Melvyn.

—Haré lo que quieras, Melvyn, palabra.

Melvyn le palmeó la espalda. Al hacerlo sintió de pronto el vehemente deseo de estrecharla entre sus brazos. Algo como una descarga eléctrica brotó entre ambos.

Ella lo notó y se hizo a un lado.

—Cena ahora —dijo Melvyn—. Y no te preocupes. Mañana buscaré otro lugar para que vivas.

Ella movió la cabeza.

—Si cambio de alojamiento será tanto como proclamar que algo ha ocurrido. No creo que deba hacerlo.

—No quiero que te ocurra nada.

—Me acabas de decir que nada me va a ocurrir. Supongo que no te vas a volver ahora atrás.

—Me rindo. Pero te diré una cosa: No creo que te suceda nada y de eso me encargaré yo mismo, pero si algo sucediese...

—¿Qué?

—Bueno, no admito siquiera la posibilidad de que te ocurra. Simplemente, no lo admito.

La miró unos instantes. Luego se dirigió a la puerta, la abrió y salió. La joven quedó durante un rato mirando la cerrada hoja.

* * *

Míster Ore se despertó en la oscuridad pero no como le ocurría otras veces, dándose cuenta instantánea de dónde estaba, y quién era, sino con la cabeza pesada, los sentidos embotados.

«El champaña —pensó—. El champaña y ese cerdo de Hall».

Tanteó, buscando el botón de la luz. Cuando lo apretó, la habitación continuó en tinieblas.

Pensando en alguna avería, tanteó con los pies desnudos sobre la alfombra, buscando las zapatillas. La ventana, que por lo común mantenía siempre con los stores levantados para dormir, tenía aquéllos bajados. Eso hacía que la oscuridad fuese aún más profunda.

Pero... recordaba que su criado coreano había subido los stores

cuando él se acostó. Aún le parecía oír el leve ruido de la tela contra la ventana.

Comprendió que algo no andaba bien.

A su derecha estaba la mesilla de noche. Buscó a tientas el tirador del cajón y sacó éste. Metió en él la mano y sacó la automática que allí guardaba. Cuando sintió en su mano el frío contacto del arma, se levantó y se dirigió hacia la puerta. No veía nada, pero sabía que los stores bajados y la avería no podían ser casuales.

Llegó a la puerta y la abrió silenciosamente. Daba a un corto corredor de madera barnizada, con barandilla, que daba sobre el gran *hall* central. También estaba sumido en una oscuridad absoluta y tampoco se encendió la luz cuando pulsó el botón.

Comenzó a sentir que un sudor frío le bañaba la espalda y las manos.

—Kim-Pak —dijo en voz baja.

Su criado coreano no le respondió. Nada tenía de particular, puesto que si bien dormía en el hueco que formaba la escalera, o sea, que en este momento debía encontrarse casi debajo de sus pies, su voz no había sido suficientemente alta como para despertarlo.

Kim-Pak

era un veterano de la guerra de Corea, que había entrado en los Estados Unidos hacía bastantes años. Era un tipo duro y que sabía manejar toda clase de armas. Y sobre todo, digno de confianza.

—Kim-Pak —volvió a llamar, en voz más alta.

—Es inútil —dijo una voz—. No acudirá.

Ore casi dio un brinco en el aire.

—¿Quién está ahí? —dijo—. ¡Hable o disparo!

Pero no hubiera podido decir de dónde venía aquella voz. Sólo sabía que había sonado casi junto a él.

—¿Quién anda ahí? —repitió.

Apenas contestase el otro, dispararía, guiándose por el sonido. En Indochina había aprendido a hacerlo.

Pero el otro no respondió.

Ore comprendió que no podría soportar aquella situación durante mucho tiempo. Algo tenía que hacer.

Aferrando con fuerza la pistola, descendió dos escalones más. Esperaba que al llegar al vestíbulo podría ver algo con la luz que entraba por el ventanal. No le dio tiempo.

—No sigas bajando, Mel —dijo la voz—. Tú no me ves, pero yo sí te veo perfectamente a ti. Quédate donde estás.

—Jermyn —dijo Ore con voz estrangulada.

—Jermyn, sí.

Ore levantó la pistola y el disparo retumbó en toda la casa.

«Al menos —pensó—.

Kim-Pak

se despertará».

Una carcajada burlona fue la única contestación al disparo, además del chasquido de un mueble al astillarse.

—Inútil, Mel —dijo la voz—. Completamente inútil. Quédate quieto.

—¿Qué quieres? —preguntó Ore recobrando algo de su sangre fría.

No sólo no era un cobarde, sino que había sido un hombre valiente. Pero aquella voz, saliendo del pasado, había sido un rudo golpe para sus nervios.

—¿Me preguntas qué quiero, Mel? ¿Me lo preguntas tú?

Por más que Ore tendía los oídos, no lograba oír ruido alguno. Sólo la vos. Y

Kim-Pak

tampoco parecía haber oído el ruido del disparo.

El hombre invisible pareció leer sus pensamientos.

—Kim-Pak no está en casa. ¿No sabías que tiene una amante en el West? Ha ido a verla, Mel, y no volverá hasta mañana. Ella se ocupará de que no lo haga. Podremos charlar unos minutos. Unos minutos tan sólo, Mel.

—Podemos —dijo Ore— pasar a mi despacho.

—Podemos quedamos aquí. Y es lo que vamos a hacer. No, Mel, no te muevas ni intentes nada. Tengo un arma en la mano y no fallaré, porque te estoy viendo. Puedes tener la seguridad de que no fallaré, Mel.

—Me rindo —dijo Ore—. Me rindo, Jermyn. Creí que habías muerto. Yo...

—¿No irás a excusarte ahora, verdad, Mel? —replicó la voz burlonamente—. ¿Verdad que no comenzarás ahora a excusarte?

—¿No quieres discutir el asunto, Jermyn?

—No.

—¿Qué quieres, entonces?

—Quiero hundirte, Mel. Hundirte hasta el cuello, hasta que no puedas salir. Nunca más. Eso quiero.

—Tú hubieras hecho lo mismo en mi lugar, Jermyn. Tú siempre dijiste que los escrúpulos eran sólo buenos para dejarlos a un lado. Pero ¿qué diablos hacemos aquí? Muéstrate como un hombre, o lárgate.

De nuevo resonó aquella risa siniestra.

—De momento, Mel, te tengo encañonado. Te veo perfectamente, mientras que tú no puedes verme a mí. Pero no quiero matarte aún. No así. No me gustaría hacerlo tan fácil, después de lo que me hiciste.

Ore tanteó con el pie el escalón siguiente.

«No puede verme —pensó—. Es imposible».

Pero tuvo la respuesta al instante:

—Quieto, Mel, o te dispararé a las rodillas. Vuelve a intentar bajar otro escalón y quedarás inválido para toda tu vida.

—Escucha, Jermyn —dijo Ore desesperadamente—, ¿no podríamos discutir esto amistosamente? Estamos de acuerdo, lo hice, pero ahora... Podemos discutirlo en otro momento en otro lugar...

—No, Mel, y no vas a tener mucho tiempo para discutirlo. Más vale que lo digas ahora. Quizá..., quizá podríamos llegar a un acuerdo. Le pareció a Ore que la voz no hablaba con tanta firmeza como momentos antes.

—¿Qué quieres, Jermyn? ¿Una compensación, quizá? Podría compensarte.

—Quiero saber por qué hiciste aquello, Mel.

Ahora, Ore estaba completamente seguro. La voz venía de frente a él, del nacimiento de la escalera. Jermyn no podía estar en otra parte, y sin embargo, por una peculiaridad de la casa, las voces desde el *hall* llegaban siempre al piso alto nítidamente. Ésta en cambio era un poco confusa.

No levantó el brazo para apuntar la pistola. Tenía la suficiente habilidad con el arma para poder hacerlo desde la cadera y con mucha rapidez. Lo hizo. Dos veces y en rápida sucesión.

Y de nuevo lo único que le respondió fue la risa sarcástica de Jermyn.

—Estás quemando tus naves, Mel. Ya has disparado tres veces. No volverás a hacerlo otra. Me voy a marchar, pero recuerda esto, Mel:

volveré.

—Espera —dijo Ore—, lo que no puedo hacer es estar así, en medio de la oscuridad. Llegaremos a un arreglo, Jermyn, pero tienes que hacerlo como lo harían dos personas normales. No puedes llegar así en la oscuridad. Quiero hablar contigo. Te explicaré.

—Vas a morir, Mel —respondió la voz quietamente—. Bien sabías que conmigo no se podían hacer ciertas cosas. Vas a morir, pero me reservo el derecho a que sea lo más horriblemente que pueda.

—Espera, Jermyn.

—A no ser que me digas por qué lo hiciste. Por qué me traicionaste y te quedaste con lo que nos pertenecía a ambos. Y por qué pagaste a un hombre para que me matara cuando estábamos en Lut Pen.

Así que lo sabía todo.

—Está bien —dijo Ore—. He hecho todo eso, pero aún podemos arreglarlo. Soy rico, tengo influencias. Podemos llegar a un acuerdo, Jermyn.

—¿Qué es lo que vas a hacer ahora, Mel? —preguntó la voz.

Ore apretó aún más la pistola en la mano.

—Te lo diré mañana, cuando quiera que sea, pero en otro sitio. No hablaré aquí una palabra más. Aun cuando dispires contra mí.

—No, Mel. No voy a disparar contra ti. Lo que voy a hacer ahora es marcharme, igual que he venido. No te muevas, Mel.

Ore no hizo caso de la advertencia. Con los músculos flexionados, como una pantera, se lanzó escaleras abajo, hasta el punto de donde le parecía que llegaba la voz.

Nada se opuso a su paso. Sólo el aire y el eco de la burlona risa.

Se revolvió en el *hall* y alcanzó la puerta. Se hallaba cerrada y le llevó algún tiempo abrirla, porque sus manos no estaban seguras. Cuando lo consiguió, un soplo de aire helado y un ligero resplandor entraron en la casa.

En el *hall* no había nadie. Y parecía que nadie hubiera habido.

Ore se limpió el sudor con el pañuelo. Trató de encender las luces, pero la corriente seguía sin llegar. Se dirigió al teléfono después de cerrar de nuevo la puerta y descolgó el aparato: la conexión estaba cortada.

Pensativamente, volvió a subir la escalera después de comprobar la ausencia del coreano. Se encerró en su cuarto y encendió una cerilla, a cuyo resplandor contempló su imagen en el espejo. Porque

tenía la impresión de que se estaba volviendo loco.

CAPÍTULO IX

El hombre se llevó el paquete de «Herbert Tareyton» al oído y sacó la larga antena de cobre. Escuchó unos momentos y dijo «bueno». Volvió a meter la antena y se volvió a su acompañante.

—Listo —dijo.

—¿Esta noche?

—No lo sé. Esperaremos noticias.

—¿Aquí?

Había un ligero tono de decepción en la voz del último. El que hablara por el aparato, lo miró con el ceño fruncido.

—Sí. Aquí. No es la primera vez que esperas, ¿verdad?

—No, pero...

—Acércate a la valla y mira si ha salido alguien.

—Sí, habrá salido Jermyn —fue la burlona respuesta.

El segundo se acercó a la pared de ladrillo y se encaramó en un tablón hasta que sus ojos estuvieron a nivel de la pared.

—Nadie —dijo en voz baja.

—¿Hay luz en la habitación de Gallagher?

—No. Espera un momento. Sí, la hay. ¡Una linterna!

Hubo un momento de silencio.

—Baja de ahí.

—Pero si hay una linterna, quiere decir...

—Vamos, baja de ahí. Haya o no linterna, nada podemos hacer.

Se miraron a los ojos.

—Tú crees...

—No creo nada. Hay que obedecer las órdenes.

* * *

Mel Ore descolgó el teléfono y estuvo hablando por él unos minutos. Luego hizo una seña a Andy Bell, que se examinaba las rojas uñas sentada frente a él.

—Vendrá dentro de un momento —dijo—. Procura que no haya nadie en el corredor cuando llegue.

—No habrá más que esa chica del guardarropa. Por cierto, Mel, me gustaría saber lo que ocurre para que hayas llamado con tanta prisa a nuestro prohombre.

—Lo sabrás cuando llegue él.

—Y quiero hablarte también de esa chica —respondió la cantante sin moverse de su sitio—. Quiero que la despidas.

—Hazlo tú misma. Nunca me he metido en los asuntos del personal. Repentinamente dio un fuerte golpe en la mesa. Sus ojos brillaban y su frente se había cubierto de sudor.

—¡Óyelo de una vez para siempre! ¡No quiero que me molestes con tus estúpidos celos de hembra a hembra! Despídela si te hace la competencia, pero ¡déjame tranquilo!

Andy lo miró. Algo que leyó en sus ojos la hizo ponerse en pie y dirigirse a la salida.

Jinny estaba ya en su puesto.

—Buenos días, *miss* Bell —dijo sonriente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la cantante.

—Nada, *miss* Bell. Estuve pensando en lo que usted me dijo ayer. Si quiere recomendarme a alguno de los empresarios o a los agentes. Andy comprendió que algo andaba mal.

—Lo haré, nena. Te recomendaré a mi agente.

En sus ojos había una mirada de dureza que no escapó a la muchacha.

—Gracias, *miss* Bell. Oh, ahí viene ése.

Melvyn Gallagher llegaba. Debajo de uno de sus ojos había una moradura.

—Ignoro cómo, pero siempre nos juntamos aquí los tres —dijo—. *Miss* Bell, ¿quiere bailar conmigo?

Andy sacó un cigarrillo. Gallagher le ofreció fuego.

—Gallagher —dijo ella por fin—. Quiero que dentro de un momento no haya nadie en este corredor. Cuando digo nadie quiero decir precisamente eso.

—No lo habrá. Descuide.

Andy echó a andar, pero antes de llegar al final del corredor, se volvió y lanzó una larga mirada sobre Melvyn. Luego desapareció.

Melvyn dijo rápidamente:

—Quiero saber lo que están cociendo ahí dentro. ¿Tienes lo que te di anoche?

—Sí, pero no sabría ni cómo usarlo en el caso de que...

—No lo dudes ni un momento. ¡Usalo!

Le tomó el brazo y la miró a los ojos. Hasta él llegó el anhelante respirar de la joven. Muy cerca de los suyos quedaban los labios rojos y jugosos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no besarlos.

—Espero —dijo brutalmente que algún día no tenga que pensar en otra cosa mientras te tengo tan cerca.

—No te dejaré acercarte mucho por si acaso —fue la respuesta. Le volvió la espalda y se metió en el guardarropa.

Míster Hall, el concejal que se hacía llamar senador por sus amigos, entró por la puerta de servicio, pero sin ocultarse demasiado. Estaba poseído de su propia importancia. Entró en el despacho de Ore sin llamar y dejó el bastón y el sombrero sobre la mesa del dueño del Capistrano sin saludar.

—Bien —dijo por fin—. ¿Qué diablos ocurre ahora?

—Siéntese —respondió Ore—. Tenemos que hablar.

—¿Y no se le ocurre otro sitio más que éste y antes de las diez de la mañana? Pues bien. Ya estoy aquí. Hable, no tengo tanto tiempo como usted para perder, Mel.

Mel Ore habló durante diez minutos y el otro lo dejó hacer sin interrumpirle. Cuando acabó, dijo solamente:

—Así que usted cree que fue una trampa.

—Lo era. En mi casa no había nadie. Una trampa, y muy burda, además. No he querido tocar nada, pero en algún lugar han instalado un micrófono y alguna otra cosa que no sé en este momento lo qué es. Y ese cerdo de mi criado coreano ha tenido algo que ver con ello. Le voy a dar un escarmiento.

—No escarmiente a nadie antes de tener asegurada la permanencia de su cabeza sobre los hombros, Mel. Y vamos a ver quién puede tener interés en que usted crea que Jermyn vive todavía.

Ore encendió una cerilla y ésta se consumió antes siquiera de que la acercase a la punta del cigarrillo. Andy, que había llenado dos vasos de *whisky* con muy poca agua, los ofreció a los dos hombres. El senador bebió el suyo de un trago.

—¿Si? —repitió—. ¿Quién?

—Si Jermyn murió, y todo indica que fue así, sólo una persona...

—Exactamente. Y esa persona es...

—Gallagher.

—No se precipiten —dijo Andy—. Tal vez Mel se equivoca.

—No —fue la seca respuesta—. No quieras que me equivoque. En mi casa no había nadie. Un hombre, al entrar en algún lugar, deja huellas. Hay arena del jardín, hay humedad. Allí no había nada. Y además, queda el problema de la acústica.

—Lo hubiera o no, y me inclino a pensar como usted, Mel, el caso es que ese Gallagher debe ser silenciado. Sea cual fuere su juego, no me gusta —dijo Hall—. Pasapórtelo, Mel.

Ore sacó un periódico del cajón de la mesa.

—Hay más aún —dijo. Al dejar el periódico sobre la mesa, se limpió el sudor de la frente—. Lean eso.

Hall lo leyó y Andy lo hizo por encima de su hombro. Su respiración acariciaba la gorda y pelada nuca del concejal.

—No puedo creerlo —dijo Hall por fin. Esta vez él también parecía afectado.

—Yo, sí —respondió Andy—. Esos dos hombres hubieran acabado matándose en cualquier lugar de la tierra. Se odiaban, simplemente. Bien. Ahora caigo en ello. Nada se había ahí de quién mató a quién. Pudo ser Musgaño.

Ore le dirigió una fría mirada.

—Pudo, pero probablemente no fue así. También es posible que no lo sepamos nunca. Pero ahora vamos a hacer una cosa.

—¿Qué?

—Avisar a los hermanos de Musgaño.

—Puede estar vivo, Mel.

—Si está vivo, él mismo lo hará saber. Si algo le ha sucedido a Musgaño, sus hermanos se enterarán tarde o temprano. Prefiero que lo sepan por mí mismo y a mi manera.

—El saber que Jermyn no ha vuelto del infierno parece haberle dado a usted una claridad de ideas que antes no tenía —dijo Hall con malevolencia—. Lo felicito, Mel.

Ore lo examinó con la faz inescrutable.

—Nunca le temí a nadie. Recuérdelo, Hall.

—A nadie, excepto a Jermyn. Hijo, debió usted hacerle mucho daño para temerlo de esa manera.

Andy se echó a reír sin alegría.

—Robarle el mejor negocio que hubo jamás en la ciudad aparte del de un concejal vendido —dijo fríamente—. El negocio del juego.

Eso, y denunciarlo a la policía.

—¡Cállate! —dijo Ore—. Cállate o te arrancaré la lengua, maldita golfa.

—Así que fue eso —dijo el concejal—. No me enfado por lo que ha dicho sobre mí, amigueta, pero este concejal vendido les va a ser de mucha utilidad cuando la policía quiera meter las narices en sus negocios. Y no olviden que la policía no meterá las narices en ellos hasta que yo lo permita, o lo hará si yo lo mando.

—Es posible —respondió ella—. Es muy posible. Todo es factible en un mundo en que los muertos comienzan a andar.

Hall se puso en pie.

—Más vale que me vaya ahora. Y usted, Mel, recuerde una cosa: un hombre muerto es alguien que no puede hablar. Y no me estoy refiriendo ahora, por supuesto, a nuestro amigo Jermyn. Me estoy refiriendo a otro que al parecer está bastante vivo.

—¿A Gallagher? —preguntó Andy.

—A Gallagher y a todo aquel que sepa demasiado y hable demasiado. Lleve pantalones o levante faldas.

Tras el dardo envenenado, salió del despacho.

CAPÍTULO X

Melvyn Gallagher cerró la puerta de su cuarto.

Pero ya antes de dirigirse a donde guardaba el paquete de «Herbert Tareyton» sabía que alguien había estado allí recientemente. Se lo decía el olor peculiar de la habitación.

—La bella Andy —dijo en voz baja.

Se preguntó si habría encontrado lo que buscaba, si es que buscaba algo en particular.

El cartón no parecía haber sido tocado. No obstante, una vez que hubo vertido de nuevo el polvo gris sobre él y aparecieron las huellas digitales, comprobó que sí. La cubierta había sido manoseada.

Pero el transmisor parecía intacto, y no había huellas sobre él. Se acercó a la ventana y cuando estuvo delante de ella, apagó la luz de pronto. Luego la volvió a encender.

Allá lejos, al fondo de la fábrica abandonada, brilló un fugitivo resplandor, como el que podría producir una cerilla o una linterna muy pequeña.

Luego sacó el transmisor.

—Habla Rufus —dijo en voz muy baja—. ¿Estás ahí, Zollie?

Hubo un corto silencio. Luego:

—Habla Zollie, Rufus. ¿Sabías que hay alguien interesado en tu pesebre? Cambio.

—Sí. Quiero que me digáis lo que haya sobre lo que os envié el último día.

—Todas del número diez, Rufus. Todo el calzado llevaba la misma marca.

—Las de mañana serán distintas. El número diez no podrá calzarse nunca más.

Silencio.

—Habla Zollie. ¿Eso es en serio, Rufus?

—Completamente. Y otra cosa. Quiero que me tengáis al tanto de los movimientos del pariente del número once. Quiero saber lo que hacen y sobre todo, si se mueven en esta dirección.

—Aquí Zollie, Rufus. Hay pensada una pequeña partida de pesca en la parte del río donde tú pescas habitualmente. Para esta noche, quizá.

—Habla Rufus, Zollie. No salgáis de pesca hasta que yo pueda hacerlo. Ya os avisaría cuándo puedo.

—Es que el Gran Pescador empieza a impacientarse, Rufus. Lo presionan para que pesque y quiere hacer algo.

—Que se vaya de casa. No mováis el agua. Las truchas no acudirían, Zollie.

—Habla Zollie. Deja abierta la ventana durante dos minutos hasta que hayan pasado seis desde que corte la comunicación, Rufus.

—Lo haré, Zollie.

—Suerte, Rufus, corto.

—Suerte, Zollie, corto.

Gallagher cortó la comunicación y guardó el transmisor. Luego se puso a mirar el reloj.

Fuera en el pasillo, resonaron unos pasos. Todavía lejanos, pero que se acercaban hacia su puerta.

Faltaban cuatro minutos.

Pasados éstos, tendría que abrir la ventana. Los pasos parecieron tornarse irresolutos, y por fin se pararon.

Eran pasos de mujer.

Tres minutos. Dos minutos y medio. Un minuto.

Dirigió la mano a la ventana y nuevamente volvió a oír los pasos. Parecía como si la dueña de los tacones estuviera esperando a que él se moviera para hacerlo al mismo tiempo.

La hora en punto.

Gallagher se decidió. Abrió la ventana y se apartó, porque sabía lo que vendría después.

Y en ese momento el tirador de la puerta comenzó a moverse.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

—Abra —dijo una voz cautelosamente.

Gallagher se dirigió hacia la puerta y en ese momento algo silbó a su lado e hizo «plop» en el suelo.

Era un trozo de metal, e iba envuelto en un papel.

Se lo metió en el bolsillo y abrió la puerta. Andy Bell estaba al otro lado de la misma.

—He aquí la respuesta a mis oraciones —dijo Melvyn—. Pasa y

disimula. Ni siquiera me he hecho la cama.

Ella lanzó una ojeada indiferente al lecho revuelto ex profeso por él hacía un momento. Luego fijó sus enormes y rasgados ojos en los del hombre.

—Estás en un apuro.

—Todavía no. Pero si sigues mirándome de esa manera, lo vamos a estar los dos.

Ella frunció las cejas.

—No te van a valer de nada tus payasadas.

Y de súbito, se acercó a él y le puso las manos sobre la cintura. Melvyn se puso rígido. No esperaba aquel gesto.

—¿No comprendes que sólo quiero ayudarte? —preguntó Andy—. ¿No lo comprendes, estúpido? ¿Cómo podéis ser tan ciegos los hombres a veces?

—¿Verdad que sí? —preguntó Melvyn.

Le puso las manos en las caderas.

—¿Verdad que sí? —repitió—. Hay veces en que no distinguimos el farol rojo de peligro del verde de «se puede pasar, amigo». Otras veces, sí lo distinguimos.

Le dio un empujón y la arrojó sobre la cama, violentamente.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—¿Intento de violación? No se viola a una mujer cuando ella no ofrece resistencia.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó Melvyn secamente. Ella se incorporó lentamente.

—¿Qué quieres decir, vagabundo?

—Me refiero a lo que estabas buscando en mi bolsillo. Eso es lo que quiero decir. Verás.

Hizo un gesto.

—En San Luis hay una escuela de rateros. Una buena escuela. Y en ella me enseñaron cuando me quieren sacar algo del bolsillo mientras me abrazan, o cuando quieren toparme en la calle. Y tú, no eres demasiado hábil, hermosa.

Ella alargó la mano hacia el bolso, que se le había caído.

—No, no intentes sacar nada del bolso. Habrás observado que puedo sacar un arma mucho más rápidamente que cualquiera de vosotros.

Andy acabó de ponerse en pie. Se arregló la falda, que se le había

subido sobre los muslos al caer.

Dijo, sin mirarlo:

—Hemos cometido varios errores todos. Sí, de acuerdo, quise ver lo que tenías en el bolsillo. Pensé que era una carta de la vagabunda del guardarropa.

Melvyn, asombrado, se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad.

—Bueno, tal vez me pasé en la brusquedad —dijo—. Pero no me gusta que me anden las manos por encima.

—No te disculpes ahora. Al parecer tomas de las mujeres lo que quieres, ¿no? Sin preocuparte de lo que ellas piensen.

Melvyn sonrió.

—Esta vez se me fue la mano. No suelo ser tan brusco por lo común.

La tomó por los hombros.

—No venías simplemente por verme ni para saber si recibía correspondencia, ¿verdad?

Ella movió la cabeza sin dejar de mirarlo.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—No, dame fuego.

Le prendió el cigarrillo. Andy dio una profunda chupada y luego dijo:

—He venido en realidad para salvarte la vida.

Melvyn encendió un cigarrillo a su vez. Los ojos de ella siguieron sus movimientos con intensa expresión.

—¿No me crees?

—No.

—Tal vez me creas cuando te diga que los hermanos de Musgaño Joe han sido avisados ya. Y de que vienen hacia acá.

—Bueno.

—Tienes el tiempo justo para marcharte. O bien decirme lo que pretendes.

—¿Te interesaría lo que yo pretendiera?

Ella lo cogió por las solapas. Había en sus pupilas una expresión tormentosa. Melvyn conocía algo a las mujeres, y comprendió que por primera vez en su vida, quizá, ésta le estaba diciendo la verdad.

—¿No comprendes que te matarán sin darte una sola oportunidad? Los hermanos de Musgaño disparan desde cualquier sitio, sin avisar

jamás. Nunca dan la cara a no ser que estén obligados a ello, muy obligados. Y son asesinos que gozan matando.

—Lo sé. Y sin embargo no me voy a marchar para dejarles el campo libre.

—Pero ¿qué estás buscando? ¿Qué es lo que quieres? ¿El dinero que te paga Mel? Vamos, eso no hay quien lo crea.

—Podría ser ésa una de las razones.

—Yo te daría mucho más dinero del que él pueda darte. Te daría todo... mucho más. ¡Vamos! —estalló—. ¡No se puede decir que estés poniendo las cosas demasiado fáciles para mí!

—Lo siento, nena —dijo Melvyn mirándola rectamente a los ojos—. Lo siento. No admito dinero de una mujer.

—Lo sé, pero... haría cualquier cosa por ti.

—Puedes hacer algunas cosas por mí, pero no ofrecerme dinero. Ella se mordió los labios.

—¿Estás... estás encaprichado con esa golfilla?

Algo le dijo a Melvyn que no convenía extremar las cosas.

—No se trata de eso.

—Una cosa te prevengo, Gallagher. No soy de esas mujeres a los que los hombres toman ahora y dejan después. Soy yo quien elijo. Y si por esa imbécil has creído que...

—Deja a la chica en paz. No te hizo nada.

Melvyn se dirigió hacia la ventana. Estaba perdiendo el tiempo, y lo sabía. Debía acabar con aquella situación.

—Tengo que salir —dijo bruscamente.

Ella palideció.

—Muchacho —dijo trabajosamente—. Supongo que sabes bien lo que estás haciendo.

—Supongo que sí. Tengo que salir.

—Y supongo que no te quejarás luego. Yo ya te he prevenido.

Melvyn se echó a reír.

Se inclinó sobre ella, dominándola con su elevada estatura. Vio el húmedo reflejo de la luz en sus labios y sintió su aliento perfumado.

—Si algo ocurre, Andy, procura que no te coja aquí. Procura estar lo más lejos posible.

Aplicó sus labios a los de la mujer y ésta respondió con tal fuego, que incluso a él, que esperaba algo así, lo asombró.

Cuando sus bocas se separaron, ella dijo:

—¿Quién eres, Gallagher? ¿Qué es lo que buscas? Tienes una ocasión de salvarte y es decirme quién eres. No he consentido nunca que se rían de mí. Ni incluso cuando me he interesado por un tipo.

—¿Quién soy? Lo acabas de ver. Un hombre.

—Pues si quieres seguir siéndolo, márchate. Por última vez te digo que podríamos... bien, podrías vivir tranquilo. Hay dinero en este asunto, pero no para uno que como tú llega con las manos vacías, sino para los que estamos ya dentro de él. ¿Me comprendes? Eso o nada.

Melvyn sabía que decía la verdad. Y el peligroso fulgor de sus ojos le advirtió de lo que iba a continuar.

—Si no, esa nena puede sufrir un contratiempo. No, no lo niegues. Si un hombre como tú es capaz de besarme y luego seguir andando como si nada hubiera ocurrido, es porque hay otra mujer por en medio. Tú no me has visto aún, pero sabes que valgo la pena. Más que ella. Y puedo demostrártelo.

—Lo sé.

—Y a esa chica puede ocurrirle cualquier cosa. La vida es dura, Gallagher.

Melvyn decidió jugárselo todo a una carta, tenía prisa.

—¿Mucho dinero? —dijo.

Los ojos de ella brillaron. Sus pestañas se abatieron.

—Mucho, Gallagher. Más del que hayas visto en toda tu vida.

—Mucho tiene que ser. Por la décima parte del que he visto en mi vida, hay muchas cosas que no me importaría hacer. Tampoco me importaría salir de este asunto, siempre que fuese de esa manera.

—¿Ya no te importaría traicionar al que te paga?

—No sería una traición.

—Pero también te advierto una cosa, nena: nadie se ríe de Gallagher. No tengo nada que perder, compréndelo. Nada. Y si alguien me fallase no me importaría meterle cinco pulgadas y media de cuchillo entre las costillas. Mike podría decírtelo, si en el lugar en que se encuentra pudiera hablar.

—No te traicionaría por nada —respondió ella apretándose contra él.

CAPÍTULO XI

Alguien llamó suavemente a la puerta. Melvyn se separó de la mujer y se dirigió a la salida.

—Míster Ore pregunta por usted —dijo uno de los camareros.

Melvyn salió. El hombre estaba allí, en actitud servil. Pero lo peor de todo es que tras él estaba Jinny.

Ésta parecía no tener ojos más que para él. Al verle salir y ver detrás de él la figura de Andy, la muchacha hizo un gesto.

—Míster Ore también la llamaba a usted —dijo.

Dio media vuelta y echó a correr por el pasillo.

—Esa muchacha —dijo Andy con desprecio—, ¿es que está siempre detrás de ti?

Melvyn le hizo una señal, indicándole al camarero. Los dos caminaron en silencio hasta el despacho de Ore. Éste estaba sentado tras de su mesa.

—Quiero que sepa que Mike ha muerto —dijo levantando hacia él sus inexpresivos ojos—. Aunque mucho me imagino que no es una novedad para usted, ¿verdad?

—Digamos que no.

—Como también puede que no sea una novedad para usted el hecho de que aún no ha logrado ver a Jermyn desde que lo contraté para ello.

—Tampoco es una novedad.

—Pero ésta tal vez sí lo va a ser. Si no encuentra usted a Jermyn en el plazo de una semana, a partir de ahora mismo, puede irse despidiendo de su empleo.

—Lo encontraré, jefe.

—Eso espero. Y otra cosa, Jermyn estuvo en mi casa anoche.

Melvyn abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¿Qué diablos podía que...?

—Me amenazó. Parecía saber exactamente todo lo que yo iba a hacer, y se anticipaba a ello. ¡Le digo que tiene usted que encontrarlo!

—Desde luego, pero...

—¡Basta! No quiero saber ni una sola palabra más. Si necesita usted el dinero que le pago todas las semanas, tendrá que encontrar a Jermyn. ¡Búsquelo donde quiera que esté y tráigamelo!

—De acuerdo, jefe.

Melvyn dio media vuelta y salió del despacho.

«Peligro, peligro».

Era como una campanilla en su cerebro.

Andy salió tras él. Al pasar le dio un ligero golpe con el brazo en el costado.

—Quiero verte esta misma noche.

—Iré a tu camerino.

—No, a mi casa. Belmont Park. Tercer bloque, apartamento ciento ochenta y ocho.

«Peligro, Melvyn, peligro».

—Iré. ¿A qué hora?

—Después de que yo me vaya de aquí. Pero deja transcurrir por lo menos media hora.

Melvyn se dirigió hacia el guardarropa. Jinny ocupaba ya su lugar en él.

—Te habrá costado trabajo separarla de ti, ¿verdad?

—Necesito que hagas una cosa —respondió él rápidamente—. Necesito que esta noche no separes la vista del concejal Hall.

—¿Me siento en sus rodillas?

—Estoy hablando en serio. Quiero que a ser posible no lo pierdas de vista ni un momento.

Ella lo miró. Asintió.

—Espero que al menos no sea para que Hall deje tranquila a tu amiguita, y tú puedas aprovechar esa tranquilidad. Sería lo último que me faltara por hacer.

Él le dio un rápido beso por encima del mostrador. Luego salió a la calle.

Se alzó el cuello de la trinchera y se dirigió hacia Kosciusko. Al llegar a la esquina prendió un cigarrillo y mantuvo la llama encendida durante unos instantes.

Dentro de la fábrica abandonada, uno de los hombres se dirigió al fondo de la sala.

—Acaba de salir, Zollie.

Zollie sacó el transmisor y lo acercó a la oreja.

—Zollie llamando a Gran Pescador, Rufus acaba de salir. Mantuvo la llama durante diez segundos. Eso es peligro, Gran Pescador.

—No hagáis nada hasta que Rufus se ponga en contacto. Algo ha salido mal esta noche. Pero que sea él quien se ponga en contacto.

—Entendido, Gran Pescador.

Dos millas más allá, un hombre se separó del transmisor y se volvió a otro que estaba junto a él. Se hallaban en la sala de anuncios de la policía estatal. Un agente uniformado esperaba tras el control.

—Gallagher se encuentra en peligro. Por lo visto Ore no se ha tragado la farsa de anoche.

—Nadie en su sano juicio la tragaría.

—Debíamos probar. Necesitábamos su confesión.

El inspector Cottrell se rascó la rasurada barbilla.

—Mientras Ore no esté en la cárcel, oficialmente acusado, no podremos hacer nada. Y necesitamos las pruebas de que Hall lo apoya, para privarlo de su inmunidad municipal. No quiero más corrupción en la ciudad. Procuraremos cubrir las espaldas a Gallagher, pero necesitamos esas pruebas y él es el único que puede conseguirlas, Termath.

—¿Ha descubierto Ore la instalación de luz negra y los altavoces, inspector?

Cottrell movió la cabeza negativamente.

—Ni se ha acercado a ellos. Por eso es por lo que Gallagher está en peligro, principalmente. Ore estará tras de sus pisadas. A estas horas tiene que pensar que es cosa de Gallagher, y sólo de él.

El policía ante el cuadro de control se volvió hacia ellos.

—Un mensaje del aeropuerto, capitán.

—¿Qué ocurre? —preguntó Termath.

—Tres individuos que responden a las señas que les dimos se han bajado del avión de San Luis. Viajan con los nombres de Smith, Moeller y Grabtree.

—Santo Dios, ya —dijo el inspector.

—Podríamos detenerlos acusándolos de cualquier cosa.

—No —respondió el agente—. Comunican que un coche los esperaba y que los tres se marcharon en él. No han podido tomar la matrícula.

—¡Esos malditos inútiles! —dijo palideciendo—. Los han dejado escabullirse.

—Encuentre usted a esos tres individuos en una ciudad de doscientos mil habitantes antes de la madrugada —dijo Cottrell— porque mucho me temo que Gallagher sólo tiene de plazo hasta esa hora para hacer cantar a Ore. Pasado ese tiempo, lo más probable es que...

Y miró significativamente al capitán. Éste se lanzó a la puerta y comenzó a ladrar órdenes.

* * *

Belmont Park se hallaba a poca distancia de la casa de Ore, pero más cerca que ésta del núcleo de la ciudad.

Gallagher frenó el coche ante una de las entradas laterales del tercer bloque, y se bajó. Miró su reloj. La una y cuarto. Como todos los viernes, Andy Bell sólo cantaba hasta las doce para estar fresca en las dos funciones del sábado.

El conserje nocturno, medio dormido ante su centralita, ni siquiera lo vio pasar. Despreció el ascensor y subió hasta el primer piso. Se detuvo ante la puerta que llevaba el número 188 y llamó suavemente.

Luego un poco más fuerte, pero sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Del bolsillo sacó una delgada lámina metálica, provista de muescas y la metió en la cerradura. Un momento después se hallaba dentro.

Estaba oscuro. Tropezó con una silla antes de dar tres pasos. Se detuvo, procurando orientarse, pero no veía luz alguna que le indicase la posición de las ventanas.

Sacó una pequeña linterna y la encendió, procurando que el rayo se dirigiese siempre hacia el suelo, para que resultase menos visible.

Se hallaba en un *living* espacioso, con el suelo cubierto por una alfombra india. A la izquierda se abrían dos puertas.

Se dirigió a la más cercana y la abrió. Un olor muy conocido asaltó su olfato. Era el perfume de Andy Bell. Y el perfume no provenía solamente del hecho de que aquél fuera su dormitorio.

Se debía también a que la cantante yacía allí, a sus pies, casi, tendida en el suelo.

No tenía puesta más que una bata, que se había entreabierto. El hermoso cuerpo estaba completamente desnudo bajo ella. Y alguien

le había clavado un cuchillo en la garganta.

Un gran charco de sangre se extendía desde su cuello hasta los pies de la cama y la sangre estaba fresca aún.

Gallagher sacó la pistola y apagó la linterna, pero no oyó ningún ruido. En el más profundo de los silencios caminó hasta la puerta, la abrió y salió al amplio corredor.

Se limpió el sudor que le corría por la frente. Y de pronto, un odio feroz, un odio rojo, mortal, hacia los que habían apagado la vida en aquella hermosa carne, floreciente una hora antes, se posesionó de él.

Pero cuando llegó al *hall* había logrado recobrar parte de su calma. El conserje seguía dormitando aún.

En el momento en que iba a subir al coche, vio que un automóvil negro, un modelo de 1969, estaba parado junto a la esquina opuesta a aquélla en la que había dejado el suyo. No podía ver al conductor. No llegó a oprimir el arranque del suyo.

El otro coche había partido silenciosamente y se acercaba a él, acelerando la marcha. Gallagher comprendió que no le daría tiempo a arrancar y esquivarlo, y comprendió la astuta treta. Fue cuestión de un segundo.

Se dejó caer en el suelo del baquet, mientras el coche negro pasaba junto al suyo. Un crispador tintineo de cristales al romperse, el chirrido de las balas sobre la carrocería. Una de las balas rasgó la alfombra de goma junto a su cara y sintió el calor que despedía el proyectil.

Luego, el otro coche se perdió velozmente.

Gallagher se incorporó, exhalando fuertemente el aire. Había escapado por un verdadero milagro. Puso en marcha el automóvil y lo lanzó a toda velocidad tras el otro, pero al instante se dio cuenta de que era inútil.

La trampa había estado muy bien montada. El otro coche tenía un motor mucho más potente que el suyo. Antes de llegar a Timbull, cerca del Tribunal, los había perdido. Por otra parte, allí ya había algún tráfico, y hubo de frenar.

Más despacio se dirigió hacia el Capistrano y eran las dos menos cuarto cuando llegó a él. Los últimos clientes estaban saliendo por la puerta principal y el portero negro los acompañaba bajo el paraguas hasta los coches y los taxis.

Gallagher se puso en la esquina de la fábrica abandonada y encendió un cigarrillo. Dejó que la llama ardiera durante diez segundos. Luego se dirigió a la entrada de servicio y la traspuso. Un rumor de conversación llegó hasta él.

La muchacha que substituía a Jinny estaba pintándose los labios preparada para salir.

—¿A qué hora se fue Jinny?

—A la de siempre. —La muchacha, una negrita de cara reluciente, sonrió—. Pero ya la estaban esperando, míster.

—¿Quién?

—Un hombre, por cierto.

Gallagher echó a andar hacia el despacho de Ore. Tenía que atravesar el salón, casi vacío ya, y lo hizo pegándose a las paredes para evitar que lo vieran por la ventana-espejo.

En el momento en que llegaba a la puerta del despacho, torció y salió de nuevo. Llegó a su habitación y abrió la puerta, mientras se hacía rápidamente a un lado. Nada ocurrió.

Asomó la cabeza y por fin se decidió a entrar. Llevaba la pistola en la mano. La habitación estaba vacía. Cuando encendió la linterna vio que no había hebra alguna de lana entre el marco y la puerta. Alguien había estado en su cuarto y ese alguien no era solamente Jinny.

Fue a la ventana y dirigió el rayo de luz hacia la fábrica abandonada. No tuvo que esperar ni cinco segundos. Una luz comenzó a brillar a intervalos breves y largos. Gallagher fue deletreando y uniendo las letras con la habilidad que da una larga práctica.

Peligro, Rufus, peligro.

Una pausa. Luego, de nuevo el parpadeo: la chica a salvo.

Gallagher lanzó un suspiro de alivio, que fue casi un sollozo. Hizo funcionar la linterna para indicar que había captado el mensaje y luego añadió:

«Dentro de una hora entren en el Capistrano. No hagan nada antes. Rufus».

Apagó y se dirigió a la salida, pero no llegó a la puerta. Recordaba perfectamente haber dejado ésta cerrada tras de sí, y sin embargo había ahora una estrecha banda luminosa vertical en uno de sus lados.

Alguien estaba abriéndola lentamente y procurando no hacer ruido. Se hizo a un lado y su pie tropezó con la silla. Ésta se volcó con estrépito.

La pistola estaba en su mano de nuevo. Apuntó hacia la puerta, pero la rendija había cesado de ensancharse. Comprendiendo que aquella situación no podría prolongarse mucho tiempo. Gallagher actuó.

Cogió la silla con la mano izquierda y la lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta. La silla se deshizo en medio de un estruendo y a sus oídos llegó claramente un quejido.

Y entonces comenzaron a disparar sirviéndose de los silenciadores.

Había por lo menos dos pistolas y los hombres que las llevaban sabían utilizarlas conjuntamente. Mientras una de ellas enviaba sus proyectiles a la altura del pecho de un hombre puesto de pie, la otra lo hacía a pocos centímetros del suelo, buscando a un hombre agachado. Dos balas cruzaron junto a su oído con un silbido y se enterraron en la pared.

Lanzó un grito de dolor y luego dos o tres quejidos en rápida sucesión. Por fin se quedó callado, apretando la pistola con la mano.

El resultado no se hizo esperar.

La rendija luminosa se amplió y una cabeza cortó la trayectoria de la luz.

No obstante, Gallagher no hizo ningún movimiento. Continuó tumbado en el suelo, sabiendo que en cualquier momento, y viéndolo ahora, podrían disparar a placer sobre él.

Luego apareció otra cabeza y un cuerpo se deslizó dentro de la habitación. Era un hombrecillo de pequeña estatura pero muy ancho de hombros y andaba encorvado.

Cuando llegó cerca de donde estaba Melvyn, y mientras el otro le cubría desde la puerta, se inclinó sobre Gallagher sin soltar la pistola de la mano, y apuntándole con ella.

Era la ocasión que estaba esperando Melvyn Gallagher.

Se puso en pie como si hubiese tenido un muelle de acero debajo del cuerpo y cogió al hombrecillo por la cintura. Pese a su postura, pudo estrechar la presa doblando la cintura del hombre hasta que logró colocar a éste en una postura que debía ser intolerable.

—¡Apártate, Johnnie! —dijo el que estaba en la puerta—. ¡Apártate,

Johnnie, que lo mato!

—Si tiras, lo matarás a él —dijo Gallagher, arrastrando a su presa—. Vamos, ¿por qué no disparas?

—¡Apártate, Johnnie!

Johnnie gruñó algo ininteligible, mientras trataba de zafarse. Gallagher oprimió aún más su presa y el hombre lanzó un aullido.

—Voy a salir —dijo Gallagher—. Y si intentas algo, mato a tu hermano.

Y empujó a Johnnie delante de él. No obstante, sabía que no podría resistir contra dos hombres dispuestos a todo. Y en alguna parte debía estar el tercer hermano, de Musgano Joe.

—No te vas a escapar, bastardo —dijo Johnnie, jadeando—. Te vamos a sacar las tripas.

De pronto, Johnnie logró alcanzarle en el bajo vientre con la rodilla. Fue un golpe tan doloroso que por un momento creyó que iba a perder el sentido. Inconscientemente aflojó la presa sobre Johnnie y éste se soltó de un empujón.

Melvyn comprendió que estaba perdido si el otro lograba apartarse y permitir al de la puerta que disparase.

Y en ese momento, cuando se disponía a lanzarse en plancha sobre Johnnie, sintió que el cielo se desplomaba sobre su cabeza.

Un millón de estrellas se encendieron en algún lugar de su cerebro, le corrieron por la nuca, y Melvyn se vino a tierra.

El tercer hermano había aparecido por detrás de él. Los tres se inclinaron como buitres sobre el cuerpo de Gallagher.

—Acabemos con ese hijo de perra —dijo Johnnie apoyándole la pistola en la sien.

Pero el recién llegado movió la cabeza. Todavía llevaba en la ropa manchas de la pared por la que había trepado. Su traje estaba empapado. En la excitación de la lucha, Melvyn no había oído siguiera abrirse la ventana.

—No —dijo—. Este tipo nos va a servir de rehén.

—Cierto —dijo el que no se había movido de la puerta—. Ore no nos ha pagado aún.

—Y si es un polilla, los polillas no querrán perderlo. Nos lo vamos a llevar.

—Pero mató a Joe —dijo Johnnie con una mueca feroz en la cara mal afeitada—. Mató a Joe, y por Cristo, que le voy a echar las

tripas abajo.

—Después —fue la respuesta—. Después le partiremos todos los huesos y acabaremos con su hombría para siempre. Pero, después. Vamos, cogedlo y sacadlo de aquí.

—¿Dónde lo vamos a llevar?

—A la casa que nos dijo Ore. Conduce tú, Johnnie.

No encontraron a nadie en el pasillo. Johnnie y el otro llevaban a Melvyn entre ambos, como si estuviese borracho.

Cuando llegaron a la puerta principal, el negro los miró por debajo de su visera, pero no dijo nada. Vio cómo lo metían en un automóvil y que éste arrancaba.

Entonces se volvió hacia la entrada, bajó los escalones y se acercó a la negrita del guardarropa.

—Más vale que vayas buscando un nuevo empleo, chiquita. Mucho me temo que esto se va a cerrar dentro de poco. Acaban de sacar al nuevo. Y va herido o muerto.

La negra se llevó la mano a la boca.

—¿Y te vas a quedar ahí, quieto?

—Hay algo que no voy a hacer: cruzarme en el camino de míster Ore.

La negra se echó un gabán sobre su escasa ropa.

—Pues yo voy a avisar a Jinny. Eso no es cruzarse en el camino de nadie, ¿no?

El negro asintió.

—No, eso no es cruzarse en el camino de nadie. Pero me parece que no me voy a quedar aquí para ver nada de lo que ocurra. Esto me huele mal.

Melvyn recobró el conocimiento en el coche, dolorosamente. Giró lentamente la cabeza y vio los rostros de los dos hombres que lo miraban fijamente. Había otro ante el volante.

—Cerdo —dijo Johnnie—. Te vamos a dar recuerdos de mi hermano Joe.

—¿Vosotros? —preguntó Melvyn—. Vosotros estáis tan listos como el hombre que os ha traído aquí. Estáis completamente listes.

—¿Sí, eh?

Johnnie le volvió a golpear en el bajo vientre.

—Estamos llegando —dijo el que iba al volante.

—Lo vas a pasar mal, cerdo. Muy mal.

La casa estaba en pleno campo, muy cerca de la ladera del Krooky Pike, y entre un espeso pinar.

Salieron del automóvil. Johnnie y el conductor llevaban a Melvyn fuertemente sujeto.

El hermano mayor abrió la puerta y metieron a Gallagher en la casa. Brilló una luz y las caras de los tres aparecieron, rodeándolo. Melvyn los contempló a su vez.

—Conque eres un «poli» —dijo el conductor.

—Lo soy, muchachos.

—Bueno, no serás el primero al que hemos enseñado su oficio. Tienes buenos dientes, cerdo. Te los vamos a echar todos abajo.

Le dio un puñetazo en la cara. Melvyn se echó atrás, pero no pudo impedir el siguiente impacto, que le alcanzó en el cuello. Luego los tres cayeron sobre él a puñetazos, a coces y a golpes de culata.

Gallagher encontró la manera de defenderse. Pese a la amenaza de la pistola, logró enviar a uno de ellos contra la pared de un golpe en el bajo vientre.

Johnnie alzó la pistola y disparó sobre él. La bala atravesó los músculos de la pierna de Melvyn.

—No se muevan —dijo una vez desde la puerta—. Basta ya.

Los hermanos de Musgaño se volvieron lentamente. Ore estaba en el umbral con una pistola en la mano. Detrás de él se veía la negra silueta de un coche, junto a los primeros pinos.

—Bueno —dijo Johnnie—. Creíamos que no iba a llegar.

—No tengo tiempo que perder —dijo Ore—. Necesito que silencien a ese hombre y se marchen inmediatamente de la ciudad.

—Es un policía —dijo Johnnie.

—Tal vez. Y tal vez no. Quizá sólo es un confidente de la policía.

—Muchachos, os está engañando. Soy un policía —dijo Gallagher—. Y si me matáis, no habrá lugar en el país donde podáis meteros.

—Vamos, matadlo —dijo Ore.

—Espere un momento —dijo el mayor de los hermanos—. ¿Qué pasaría si fuese verdad?

Ore levantó la pistola e hizo fuego sobre Gallagher.

Pero éste lo había previsto, y más rápidamente aún, se dejó caer al suelo. La bala, destinada a él abrió una brecha en la frente de Johnnie y éste se desplomó de bruces sin lanzar un gemido.

La bombilla colgaba muy cerca de la mesa. Gallagher le dio un

fuerte golpe y la habitación se sumió en las tinieblas.

La «Mauser» de Ore retumbó de nuevo y se oyó el seco «plop» de los silenciadores de los dos hermanos, y las maldiciones de éstos.

Gallagher podía manejar la pierna, aunque le dolía bastante. Vio el fogonazo de la pistola de Ore y otro lamento. Ore se retiraba hacia la salida sin dejar de disparar. Gallagher se decidió a intervenir.

Se lanzó hacia adelante como un toro furioso y tropezó con el cuerpo de alguien. Lo desplazó con violencia, lanzándolo contra la pared y se tiró a los pies de Ore, aprovechando que podía ver dónde estaba éste por su último disparo.

Dejaron de oírse las apagadas detonaciones de los silenciadores. El y Ore estaban solos.

Su mano alcanzó a Ore por la rodilla. El dolor de su pierna se le iba volviendo intolerable, pero comprendía que sólo le quedaba aquella esperanza. Se aferró a su enemigo.

Le dieron un golpe en la cara con él cañón de la pistola. Éste le raspó dolorosamente la oreja, pero ni aún así soltó la presa. Atrajo el cuerpo de Ore hacia sí y logró colocarse encima, al caer ambos al suelo.

Sujetó la muñeca con una mano y se la retorció. Comprobó que Ore era un hombre mucho más fuerte de lo que había pensado, pero su propia fuerza era excepcional.

Le golpeó en los riñones y apretó las rodillas en torno al cuerpo. Oyó la respiración estentórea de Ore y comprobó que se le iban acabando a éste las energías.

Se puso en pie, sujetando el arma y encendió su linterna. Por su pantalón corría la sangre.

—Levántate —dijo.

Ore se puso en pie lentamente. La habitación era una carnicería. Los cuerpos de los tres hermanos de Musgaño yacían en posturas extrañas, dos de ellos junto a la pared y el otro en medio de la habitación.

—¿Qué quieres? —preguntó Ore—. ¿Dinero?

—No —dijo Melvyn—. Quiero matarte.

La cara del otro palideció y en su frente aparecieron gotas de sudor.

—¿Por qué?

—Porque soy un policía, pero las cosas han ido demasiado lejos y lo mismo me da responder por tres muertes que por una sola. Pero hay

algo más: Vas a pagar la muerte de Andy.

—¡Yo no la maté! Escucha, fueron estos tipos los que acabaron con ella.

—Sí, y supongo que ellos adivinaron dónde vivía y las horas a las que estaría en casa, ¿verdad? Tú se lo dijiste y vas a morir por ello. Cuando lleguen mis compañeros estarás muerto y explicaré que os habéis matado entre todos.

—No puede hacer eso. Si es usted un policía, Gallagher.

—Puedo, a menos que confieses que tú mataste al agente por cuya muerte se acusó a Jermyn y por lo que éste se alistó con un nombre supuesto.

—Yo no...

Melvyn levantó la pistola y le apuntó directamente a la cabeza. Ore aflojó las mandíbulas.

—No, espere, yo...

—Voy a disparar, Ore, lo advierto. Voy a disparar.

—No, espere... yo confesaré.

Melvyn bajó la pistola.

—Saque la pluma y un papel. Yo le iluminaré con la linterna. Escriba.

Ore puso en pie una silla y se sentó en ella mirando a Melvyn como pudiera hacerlo con un fantasma.

* * *

Melvyn detuvo el coche junto a la acera, se apeó y subió cojeando ligeramente los escalones hasta llegar al corredor. Se detuvo ante la puerta de la derecha y llamó con los nudillos.

Jinny abrió la puerta. Estaba despeinada y con las manos sucias. Sobre la cama había una maleta en la que estaba metiendo prendas de ropa interior.

—Tú... —dijo con voz ahogada.

—Sí, yo.

Echó una mirada a la habitación y se volvió de nuevo a ella.

—¿Dónde ibas?

—Yo... Bueno, creo que ni yo misma lo sé. Sólo sé que tenía que salir de aquí como fuera y...

—En este momento, *mistress* McCoy está escuchando tras de la

puerta —dijo Melvyn.

Abrió y la seca silueta de la dueña apareció en el umbral. Esta vez ni se molestó en disculparse. Los miraba a ambos con mal disimulado servilismo.

—Quería saber si les hacía falta algo —dijo.

—Nada, *mistress* McCoy. Solamente nos sobra algo.

Y le señaló el corredor con el dedo. Se volvió a Jinny.

—Tira todo eso o guárdalo, si quieres, pero hazlo aprisa. Nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿Tú y yo?

—Tú y yo. Nos vamos.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, muchacho?

—Lo estoy.

—¿Quieres decir que deseas que me vaya contigo? ¿Para qué?

—Porque quiero casarme contigo.

—¿Casarte conmigo?

Ella carraspeó.

—¿Por qué?

—Porque es la manera más moral de poder estar contigo hasta hartarme. Y no me obligues a seguir explicando lo que quiero hacer contigo, porque *mistress* McCoy sigue escuchando.

Jinny se irguió.

—Un momento. Eres un policía. ¿Sabes que mi padre...?

—Está cumpliendo condena por estafador. Lo sé.

—¿Y... sigues queriendo casarte conmigo?

—Sigo, y no me hagas perder el tiempo.

—Bueno...

Ella tragó saliva.

—Está bien. No soy tan idiota como para venir con remilgos ahora, pero antes de salir de aquí abrázame fuerte y dime que lo haces porque me quieres.

Melvyn lo hizo a conciencia. La joven se desprendió de sus brazos.

—Pero antes de marcharme, hay algo que tengo que hacer. Señora McCoy, le prometí que alguna vez le arrancaría el pelo por todos los insultos que me dirigid.

La McCoy comenzó a retroceder por el corredor. Jinny caminaba hacia ella como un gato.

—Y lo voy a cumplir ahora.

—¡No!

Pero Jinny lo hizo. No todos, pero un buen puñado de los cabellos de la otra quedaron en sus manos. Se volvió hacia Melvyn triunfante.

—Vámonos, ahora, si quieres, pero has visto cómo trato a los...

—Mira, vámonos ya. No quiero pasar la luna de miel en una comisaría.

FIN



Frank McFair, seudónimo utilizado, junto con Russ Tryon y como Henri Darzac, por el escritor español Francisco Cortés Rubio. Nació en Madrid, en 1924. Ya desde muy joven se siente atraído por la literatura, a la que se dedica de lleno en 1948, casi siempre en la modalidad policíaca, aunque tiene escritas varias obras de teatro, policíacas también, no estrenadas aun. Ha publicado en diversas editoriales españolas, argentinas, mejicanas, francesas, italianas y portuguesas. Su estilo se caracteriza por su agilidad, facilidad de expresión, y profundos estudios psicológicos de los personajes que trata, así como de un humorismo extraño, macabro a veces, en el que la paradoja juega siempre un importante papel. Prolífico autor de más de cincuenta títulos de intriga y misterio en los años 70 y 80 publicados en novelas cortas por la editorial Andina.